

## LIBRO II

### DESCUBRIMIENTO DE NICARAGUA POR LOS CASTELLANOS

#### CAPÍTULO I

### Viajes de Cristóbal Colón y descubrimiento de Nicaragua por el lado del Atlántico.

1484-1502.

Consideraciones generales sobre el descubrimiento de América.—Suceso que dió origen á los estudios de Cristóbal Colón y autoridades en que fundó sus teorías.—Error científico en que incurrió.—Diferencia entre sus proyectos y los de Vasco de Gama.—Proposiciones de Colón á la Corte de Portugal y negativa del monarca á aceptar sus proyectos.—Salida de Colón del reino de Portugal y su viaje á España.—Favorable acogida que le hizo el Prior del monasterio de la Rábida.—Propuestas de Colón á los Reyes de España.—Preocupaciones que tuvo necesidad de combatir.—Negativa de la Corte.—Colón se propone pasar á Francia.—Nueva cooperación del Prior de la Rábida.—Resultado de sus conferencias con la Reina.—Pretensiones de Colón y rechazo de la Corte.—Intenta el Geógrafo por segunda vez pasar á Francia.—Magnanimidad de la Reina doña Isabel de Castilla.—Tratado entre los monarcas de España y el marino genovés.—Benéfica intervención del Prior de la Rábida.—Salida de Colón del Puerto de Palos.—Descubrimiento de la isla de San Salvador, las otras Lucayas, Cuba y Santo Domingo.—Regreso á la Península.—Honores hechos al descubridor de América.—Reflexiones.—Concesión del Papa Alejandro VI y división que hizo del Nuevo Mundo entre los soberanos de Portugal y Castilla.—Establecimiento del Consejo de Indias.—Colón prepara su segundo viaje.—Contrariedad que le presentó Rodríguez de Fonseca, Presidente del Consejo.—Sale Colón de Cádiz y toca en las Canarias.—Descubre las islas del Viento y toma posesión de ellas.—Regreso del Almirante á la Española.—Fundación de la Isabela.—Llegada de Colón á Jamaica.—Reconocimiento de la costa meridional de Cuba.—Acusaciones que se presentan á la Corte contra Colón, y nombramiento que hacen los reyes en don Juan de Aguado para inquirir sobre lo que pasaba.—Regreso del Almirante á Castilla.—Benévolo recibimiento que le hicieron los monarcas.—Colón alista ocho naves para hacer su tercer viaje.—Concesiones que le hizo la Corte.—Salida de los primeros buques para América.—Emprende el Almirante su tercera expedición.—Trabajos que su-

6

frío en el viaje.—Descubrimiento de la isla de Trinidad.—Continúa su camino y encuentra la desembocadura del Orinoco.—Esplendidez del país que se presentó á los ojos de los castellanos.—Colón reconoce la costa de Cumaná y comercia con los naturales.—Descubrimiento de la Margarita y otras islas.—Regreso del Almirante á Santo Domingo. Situación en que halló á la colonia por consecuencia de algunos disturbios.—Colón la pacifica y perdona á los sublevados.—Intrigas que ponían en juego sus enemigos para desacreditarlo en la Corte.—Llegada del Comisionado Francisco de Bobadilla á Santo Domingo é intimación, que hizo al Almirante para que compareciera á su presencia.—Captura de don Diego Colón.—Se presenta don Cristóbal ante Bobadilla y éste manda ponerle grillos y arrojarlo á un calabozo.—Conducta que con él observaron los soldados á quienes se dió la orden de prenderlo.—Padecimientos del ilustre marino en la prisión.—Bobadilla arroja á Colón del territorio que él mismo había descubierto, y lo envía á Castilla. Noble indignación del pueblo español al saber los procedimientos de Bobadilla contra el descubridor de América.—Los reyes reciben con benevolencia á Colón y desaprueban la conducta del Comisionado.—Envían á Ovando para reemplazar á Bobadilla.—Ordenes que le dieron, con relación á los indios.—Colón solicita el mando de una nueva expedición.—Consigue cuatro barcos pequeños y emprende su cuarto viaje, dirigiéndose á la Española.—Inhumana conducta observada por el Gobernador de esta isla con Colón.—Desastre ocurrido á las naves de Ovando.—Padecimientos del Almirante en la navegación.—Llega á la Guanaja y otras islas.—Desembarco del Adelantado don Bartolomé Colón.—Llegada de una canoa con mercaderías de los indios.—Observaciones de Colón en vista de ella.—Dirígese la armada hacia Oriente y llega á la Punta de Caxinas.—Desembarca don Bartolomé con otros para oír misa.—Vuelve á desembarcar en la boca del Río Tinto.—Cosas que observó en el lugar descubierto.—Continua Colón navegando hacia Oriente y encuentra el Gran Cabo de GRACIAS Á DIOS, en el territorio de Nicaragua.

La antigüedad, que carecía de los grandes medios que en el transcurso de los siglos ha venido poniendo la ciencia en manos del hombre para efectuar los más admirables descubrimientos, desconoció los límites del mundo.

En principios del siglo xv todavía se creía generalmente que la tierra terminaba en las islas Canarias, y que todo lo demás hacia el Oeste era mar. Pero el genio desde tiempos remotos previó la existencia de otro Continente: Séneca, en el acto 2 de su Medea, anunció que vendría una época *en que el océano se dejase navegar y se descubriese gran tierra y se viese un mundo nuevo*: y San Gregorio dijo *que existía otro mundo y aun otros mundos*.

La historia no refiere en qué datos se fundaron aquellos sabios para hacer un pronóstico que entonces fué sin duda recibido con indiferencia, no obstante la grande importancia que

encerraba; pero es seguro que ellos se apoyaron en la observación constante de algunos hechos. Así es el genio: desde un punto imperceptible á las miradas del vulgo levanta el atrevido vuelo, y de consecuencia en consecuencia atraviesa el tiempo y el espacio, y lee en el porvenir los misterios de la naturaleza. Galileo, siendo niño aún, nota que las arañas de iluminación de la Catedral de Pisa describen arcos de cortas distancias en un mismo tiempo, cuando el aire ú otra causa las agita; y este hecho, á primera vista insignificante y objeto sólo de una curiosidad infantil, sirve de base á profundos estudios físicos y matemáticos, y da origen á la aplicación del péndulo como medida de duración. Newton, de la caída de una manzana llega por una serie de suposiciones á conocer la ley de gravitación universal. También un acontecimiento aislado y común dió lugar al descubrimiento de América.

El inca Garcilaso de la Vega refiere ese hecho en que Cristóbal Colón fundó sus largos é importantes estudios. Por el año de 1484, Alonso Sánchez, natural de la villa de Huelva en el condado de Niebla, se ocupa en hacer el comercio de España á las islas Canarias. Atravesando de éstas á la de Madera fué sorprendido en cierta ocasión por un recio temporal, y no pudiendo resistirle se vió obligado á entregarse á la merced del viento. Durante veintiocho ó veintinueve días navegó Sánchez con sus compañeros, ignorando á dónde los conducían las olas, y sufriendo las penalidades del hambre y del insomnio, pues la tormenta ni comer ni dormir les permitía. Al cabo de ese tiempo llegaron cerca de una isla desconocida, que se sospecha haber sido la denominada hoy de Santo Domingo; allí el piloto saltó á tierra, tomó la altura y escribió cuanto les había acontecido en el viaje. Emprendieron después su regreso, en el cual experimentaron mayores trabajos, porque habiéndoseles acabado los alimentos se enfermaron y murieron doce de los diecisiete que habían salido de España. Sánchez de Huelva y sus cuatro compañeros llegaron á la Tercera y se dirigieron á casa de Cristóbal Colón, famoso ya como gran piloto y cosmógrafo, y que se ocupaba en hacer cartas marítimas. Recibiéles el sabio con agrado y escuchó atentamente cuanto ellos le refirieron de su largo naufragio. Eran todavía

muy confusas las ideas que generalmente se tenían entonces sobre la verdadera forma del planeta; pero Colón pudo dar á las suyas una dirección más segura cuando por los informes del piloto de Huelva supo que era el viento del Este el que había impelido la nave hacia la isla desconocida, y dedujo de ahí que ésta se hallaba al poniente de las Canarias. Tales datos dieron un resultado decisivo á los estudios del ilustre genovés, y llevaron á su alma la creencia de que para pasar á las regiones del Asia podría hallar un camino más corto que el que conocían sus contemporáneos.

La activa inteligencia de Colón no podía permanecer estacionada, sin palpar la realidad que sus cálculos le hacían entrever. Trajo en su auxilio las doctrinas que habían dejado algunos sabios de la antigüedad. Aristóteles, en su tratado del cielo, se expresa así: «la tierra no solamente es redonda, sino que no es muy grande, y el mar que baña el litoral más allá de las columnas de Hércules, baña también las costas de la India.» Esta doctrina no quedó aislada: fué repetida por varios geógrafos que escribieron en los posteriores siglos, y contribuyó á la formación de las teorías del célebre descubridor de la América. Éste asentó que la tierra es redonda y que su figura esférica da por consecuencia que todos los pueblos tengan sus antípodas, y que navegándose de Oriente á Poniente, como de Poniente á Oriente, se pueda dar la vuelta al rededor del Globo.

Al mismo tiempo que establecía ese principio, confirmado por observaciones posteriores y puesto hoy en el número de las grandes verdades que la ciencia ha conquistado en sus evoluciones gloriosas, incurría Colón en un error de que no pudo salir en toda su vida. Siendo la tierra, se dijo, más pequeña de lo que generalmente se cree, es evidente que la extremidad oriental del Asia no puede estar muy distante de las costas occidentales de Europa.

Los descubrimientos de Vasco de Gama, que tanto entusiasmo habían causado en el viejo Continente por la novedad y riqueza de los productos llevados del Asia, dieron bastante en qué pensar al futuro Almirante y Gobernador de las islas y Tierra Firme del mar océano. Pero los dos marinos se diri-

gían por opuestos rumbos: aquél pretendía llegar á las costas orientales dando vuelta al África, y éste se propuso hacer un viaje más pronto y con más seguridad, encaminándose por el Poniente. Esta idea era de un atrevimiento inconcebible. Pudo conocerse con menos dificultad la verdadera configuración de la tierra, cuando en épocas posteriores los navíos empezaron á engolfarse, dejando atrás sus antiguas rutas: notóse entonces que las partes inferiores desaparecían primero y que sucesivamente iban ocultándose las superiores. Los navegantes hicieron igual observación: antes de llegar al puerto comenzaban á descubrir las cumbres de los montes, y á medida que se acercaban alcanzaban á ver sus bases. Pero en tiempo de Colón, cuando los navíos sólo navegaban arrimados á la costa, carecíase de esa importante prueba de la redondez del planeta; se ignoraba también cuál era la extensión del océano, y ni se sospechaban las leyes de la pesantez y de la atracción, que hacen posible la navegación al rededor del Globo. Colón, sin embargo, mediante sólo un esfuerzo de su inteligencia planteó su teoría, y por otro esfuerzo de su inquebrantable voluntad la llevó á cabo con maravilloso resultado.

Incompleta aparecería la presente historia si en ella no se diese una noticia aunque breve del grande hombre que fué el primero en descubrir el territorio de Nicaragua; de sus esfuerzos para hacer comprender á las cortes de Europa la exactitud de sus teorías é interesarlas en la empresa; de las ciegas resistencias que en ellas encontró y de los medios que por fin pudo adquirir para hacer á la faz del mundo la más brillante demostración de que no eran delirios de un fanático los resultados de sus profundos estudios.

El célebre marino pasó á la Corte de Portugal, creyendo que el inteligente monarca don Juan II, protector de las empresas que á la vez se ejecutaban para hacer exploraciones en el mar, comprendería sus doctrinas, aceptaría la solución del más importante problema de cuantos ocupaban la atención de los geógrafos y le facilitaría los recursos necesarios para sus viajes. Don Juan, un tanto entusiasmado, quiso oír la opinión de algunos sabios, para examinar las proposiciones que Colón le presentaba. El Consejo que con ese objeto hizo reunir, pre-

sidido por el confesor del rey, declaró que los proyectos del marino genovés eran quiméricos; y otro Consejo de sabios cometió la perfidia de comunicar aquellos planes á un piloto y de hacerlo partir en una nave á explorar el camino indicado por Colón, sin dar al rey conocimiento de estas medidas. El piloto llegó un poco más acá de las islas Azores; pero regresó asustado de la inmensidad que tenía en su presencia, é informó al Consejo, de que era impracticable el proyecto de buscar por el Oeste un camino hacia las costas occidentales del Asia.

Fué, pues, Colón á Portugal á ofrecer un mundo que no quisieron admitirle. Durante su residencia en Lisboa tuvo que pasar por un doloroso martirio, sin haber conseguido otra cosa que el desprecio, en lugar de la protección que solicitaba. En aquellos días falleció su esposa, se llenó él de deudas y fué perseguido por sus acreedores, quienes embargaron sus globos y sus cartas, y aun lo amenazaron con prisión. Salió furtivamente de aquella ciudad, á pie, sin recursos, llevando á su hijo Diego unas veces de la mano y otras sobre los hombros por ser un niño de corta edad, y se dirigió á España. Se dice que antes de partir para este reino creyó que debía presentar sus proyectos á Génova, su patria, y al Senado de Venecia; pero que ambos gobiernos le respondieron primero con frialdad y por último con una terminante negativa.

El ilustre viajero acertó á llegar al monasterio de la Rábida, de que era Prior don Juan Pérez de Marchena, persona versada en las ciencias relativas á la navegación, y que habiendo sido confesor de la reina doña Isabel I, disfrutaba de grandes influencias en la Corte. El señor Pérez de Marchena comprendió desde luego las teorías de Colón, y convencido de la verdad que encerraban le dió importantes recomendaciones.

Fernando, rey de Aragón, estaba casado con la magnánima señora doña Isabel, reina de Castilla. Por ese matrimonio quedó unida la España, exceptuando el reino de Granada, que aún permanecía bajo el poder de los mahometanos y de que poco después fueron despojados por el monarca aragonés. Ocho años instó Colón á la Corte de estos reyes, para que acogiendo sus proyectos se colocase al frente de una empresa que engrandecería á la nación toda y le daría una gloria de que

no había gozado ningún otro pueblo de la tierra. España era pobre y se hallaba plagada de preocupaciones y doctrinas que rechazaban la existencia de otro hemisferio. «¿Hay nada más absurdo, había dicho Lactancio, que creer que hay antípodas, que tienen los pies opuestos á los nuestros; hombres que andan con los talones en el aire y la cabeza hacia abajo; una parte del mundo donde todo está á la inversa, donde los árboles crecen con las raíces en el aire y las ramas hacia abajo?»

Colón respondía satisfactoriamente á todas las objeciones de la preocupación y la ignorancia; pero desalentado por la frialdad de los ministros hubo de renunciar á sus propósitos de obtener en la Corte una resolución favorable, y pensó en pasar á Francia. Fué antes al monasterio de la Rábida para recoger á su hijo Diego. El señor Pérez de Marchena lo recibió con la misma bondad que en la primera vez, é informado del mal éxito de sus trabajos, escribió á la Reina, interesando su gloria y su conciencia. Catorce días después recibió la contestación, en que llamaba al Prior á la Corte y le encargaba dijese á su huésped que esperase en el Convento su regreso.

El resultado de las conferencias del Padre Pérez de Marchena con la Reina, fué que esta señora enviase á Colón una cantidad de dinero de su tesoro secreto para que comprase una mula y vestidos y volviese á Granada, en donde se hallaba entonces la Corte. Se reanudaron las conferencias. Aquél pedía el título y los privilegios de almirante, el nombramiento de virrey de todas las tierras que descubriese y la décima parte en perpetuidad para él y sus descendientes de los productos de esas posesiones. Tal exigencia dió origen á amargas murmuraciones. «Un mendigo, decía Fernando de Talavera, jefe del Consejo, hace las condiciones de un rey á los reyes.» Repitiéronse las resistencias de la Corte, y Colón se retiró, dirigiéndose á Córdoba para pasar á Francia.

La Reina, que siempre se manifestaba grande en sus determinaciones, se indignó contra los del Consejo. «Y bien, dijo en un arrebato de entusiasmo, yo me encargo de la empresa por mi corona personal de Castilla. Daré mis joyas y mis diamantes para subvenir á los gastos del armamento.»

La decisión de la Reina triunfó de toda resistencia. Se

hizo llamar apresuradamente á Colón, á quien el mensajero alcanzó en el puente de Pinos, situado á pocas leguas de Granada; y vuelto aquél á la Corte se arrojó á los pies de Isabel, protestándole su gratitud. Por las súplicas de la Reina se le concedió cuanto pedía. El tratado entre Fernando, Isabel y el aventurero genovés, fué firmado en Granada, á 17 de Abril de 1492. La Reina tomó por su cuenta todos los gastos de la expedición.

El Prior de la Rábida, queriendo también facilitar la ejecución de la empresa, hizo que dos negociantes de apellido Pinzón adelantasen diecisiete mil ducados, y de ese modo pudo Colón partir del puerto de Palos, en Andalucía, con tres navíos, á los que entonces llamaban carabelas: la *Santa María*, la *Pinta* y la *Niña*. Martín Alonso Pinzón y su hermano Vicente determinaron embarcarse. El 3 de Agosto de 1492 salieron todos del puerto de Palos, en medio de la consternación del pueblo, que creía infalible el naufragio de aquel grupo de valientes.

Dirigiéronse á las Canarias. De allí empleó Colón treinta y tres días en descubrir la primera isla de América, distante mil leguas, poco más ó menos, de aquellas, y la llamó San Salvador. En seguida descubrió las otras islas Lucayas, Cuba y la Española, conocida después con el nombre de Santo Domingo.

Los Reyes de España y la nación toda quedaron sorprendidos cuando lo vieron regresar al cabo de siete meses, llevando algunos indios de la Española, oro y varias preciosidades. Los monarcas lo hicieron sentarse y cubrirse como á un Grande de España y lo nombraron Almirante y Gobernador del Nuevo Mundo.

Ese descubrimiento era el suceso más admirable que se había verificado hasta entonces; era una nueva creación, entrevista por el genio en el aislamiento de su grandeza y considerada por los sabios de aquella época como delirio de una imaginación exaltada; era el aparecimiento de un mundo con nuevas razas, nuevas civilizaciones, nuevas riquezas, con el vigor de un pueblo joven y con privilegiadas aptitudes para recibir todos los adelantos que ya ofrecía el Viejo Mundo al desplomarse el vetusto edificio del feudalismo; era un presente



que la Providencia hacía á la humanidad para darle nuevas fuerzas en el aniquilamiento de aquellas sociedades, en que se reformaban las antiguas creencias y en que los gobiernos, tomando distintas formas, se dirigían á un porvenir cubierto aca-so de agitaciones y desastres. Colón hizo esa renovación portentosa, y por eso es considerado tan grande como los más célebres hombres que ocupan largas y gloriosas páginas en la historia de todos los pueblos.

El geógrafo, conociendo la sublimidad de su obra, cuando puso los pies en el Nuevo Mundo se postró, besó la tierra y al levantar la frente exclamó:—«Eterno Dios y poderoso, que por la energía de tu palabra creadora has hecho el firmamento, el mar y la tierra, ¡bendito sea tu nombre y por todos glorificado! ¡Que tu majestad y tu soberanía universal sean exaltadas de siglo en siglo, pues has permitido que por el más humilde de tus esclavos, tu nombre sagrado sea conocido y propagado en esta mitad del mundo, hasta hoy oculta de tu imperio.»

El descubrimiento de territorios desconocidos era por aquellos tiempos considerado generalmente como uno de los títulos que conferían el derecho de propiedad entre las naciones de Europa. En este principio, aceptado después y sostenido constantemente en los tratados, se fundaba España para hacer suyos los países descubiertos por Colón en América, no obstante que la posesión que del territorio tenían sus señores naturales, constituidos en estados organizados, se perdía en las oscuridades de épocas prehistóricas.

Aunque estaba por terminar el período de la Edad Media cuando se efectuaba la conquista, la Iglesia Católica aun dominaba completamente en la esfera social: no podía dejar de intervenir en los grandes acontecimientos, sin abdicar de su poder sobre sociedades que introducían sus creencias religiosas en la legislación, en la política y en sus relaciones.

La preocupación había hecho aceptar como un principio de Derecho de Gentes el de que los pueblos católicos tenían facultad de conquistar y subyugar á los infieles. Los reyes de España, siguiendo el espíritu de la época, acudieron al Pontífice Alejandro VI, español de origen, para que diera con su autoridad más fuerza á los derechos que sostenían. El Papa.

los confirmó por la célebre bula *Inter coetera*, en el dominio y posesión de las tierras descubiertas y de las que posteriormente descubriesen en el Océano occidental.

Los portugueses, que habían hecho antes otros descubrimientos en las costas del África y en dirección de las Indias occidentales, y que habían obtenido en su favor otra bula del predecesor de Alejandro VI, entraron en celos con los españoles. Entonces, para cortar las cuestiones que amenazaban entre ambas cortes, expidió este Pontífice una nueva bula, en la que, trazando una línea imaginaria de un polo á otro, cien leguas distante de las Azores y de las islas Verdes, declaró pertenecientes á España las tierras descubiertas ó que se descubriesen al Occidente, y á Portugal las que se hallasen al Sur de dicha línea.

Por acuerdo de ambas partes, esta demarcación fué rectificadas posteriormente, fijándose la línea ideal á trescientas leguas al Oeste de las Azores, lo que dió lugar á las pretensiones de Portugal sobre el vasto territorio que comprende el Imperio del Brasil.

Por ese tiempo el monarca español formó el Consejo de Indias, nombrando para que lo presidiese á don Juan Rodríguez de Fonseca, Arce deán entonces de la Catedral de Sevilla, y después Obispo de Burgos y Arzobispo de Rosano.

Una segunda expedición fué el resultado del entusiasmo que produjo la primera. Había aparecido la realidad y nada se aventuraba al hacer nuevos y más crecidos gastos. En el espacio de cinco meses se alistaron diez y siete naves: mil quinientas personas estaban dispuestas á partir, y entre ellas, algunos nobles que obtuvieron permiso de colonizar las tierras descubiertas. Con el mismo propósito hizo embarcar el Almirante artesanos de distintos oficios, todo género de materiales para construcción y algunos granos, como cebada, trigo, avena, etc. Debían acompañar á Colón Fray Fernando Boil, benedictino que traía el nombramiento de Vicario Apostólico, y don Diego Colón, hermano del Almirante.

Todos aquellos aprestos retardaron la salida de las flotas; pero lo que causó mayores inconvenientes y demoras fué la tenaz oposición que á cada paso presentaba Rodríguez de Fon-

seca, aun contraviniendo á las órdenes de los reyes, quienes querían, que en todo fueran secundados los deseos de que ellos estaban poseídos.

Colón salió de Cádiz el 25 de Setiembre de 1493. Después de tocar en las Canarias prosiguió inclinándose un poco hacia la parte austral del rumbo que había traído en su primer viaje. El domingo 3 de Noviembre, vió tierra: era una isla á la cual pusieron el nombre de *Dominica*, por el día en que había sido descubierta. En seguida descubrió la Guadalupe, la Antigua y San Cristóbal, á las que llamó Islas del Viento. Tomó posesión de ellas, y reconociéndolas encontró que estaban habitadas por pueblos feroces que comían carne humana y con los restos de los cadáveres adornaban sus habitaciones.

Volvió á la Española por la extremidad oriental y halló esparcidos los huesos de los castellanos, á quienes los indios habían dado muerte. Los compañeros del Almirante querían tomar venganza de los asesinatos cometidos en sus compatriotas; pero él los disuadió de su imprudente propósito, porque empezaba á atraerse á los indios con buenas maneras. En un punto conveniente fundó una ciudad con el nombre de Isabela.

Adelantó en sus descubrimientos, llegando á la isla de Jamaica, y después reconoció la costa meridional de Cuba. No había Colón salido de su viejo error; pensaba que caminando un poco hacia el Poniente llegaría á la *Quersoneso aurea* de los antiguos: que regresaría á España por el Oriente, llegando al Ganges, al Golfo arábigo, á Etiopia y Jerusalén, y que entraría á Cádiz por el Mediterraneo.

La envidia había ocupado en España el lugar de la admiración que habían producido las hazañas del ilustre marino: sus enemigos procuraban desacreditarlo, fundándose en lo que decían el fraile Boil y el Comandante Margarite, que acababan de llegar á España y lo acusaban de ser cruel y abandonar la Colonia por hacer nuevos descubrimientos. Los monarcas entraron en desconfianzas y comisionaron á don Juan de Aguado para que pasase á la Española á inquirir sobre aquellos hechos.

Colón, comprendido que su posición se hacía difícil, determinó regresar á España, para justificar personalmente su con-

ducta. Empezó la vuelta, dejando de Gobernador de la Colonia á su hermano don Bartolomé y de Alcalde á don Francisco Roldán.

Los reyes lo recibieron con amabilidad; pero el crédito que había adquirido se hallaba ya minado por los trabajos de sus enemigos. El entusiasmo que despertaban las expediciones atrevidas había pasado y en su lugar quedaba solamente el desengaño de los que habiendo esperado grandes riquezas del descubrimiento, no veían realizadas esas esperanzas.

El Almirante encontró todavía en la Reina de España un apoyo poderoso para continuar en sus empresas. Por acuerdo de ella se alistaron ocho naves, dos para conducir provisiones á la Colonia y las otras seis para que aquél extendiese sus descubrimientos. Además se dictaron otras providencias con el fin de favorecerlo: se le confirmó en sus privilegios, estableciéndose también un mayorazgo que pasase á sus herederos; se confirió el título de Adelantado á su hermano don Bartolomé: se expidió licencia general de pasar á Indias para facilitar los medios de poblar las colonias; pero como la gente pacífica temía establecerse en ellas, por el descrédito en que habían caído, se hizo necesario autorizar la traslación de malhechores condenados á muerte y á galeras, lo cual fué después causa de grandes trastornos. Finalmente, se le facultó para dividir las tierras, reservándose los reyes para sí el oro, la plata, algunos otros metales y la madera de brasil.

En Febrero de 1498 salieron de España las dos naves con provisiones para la Colonia, y á fines de Mayo del mismo año emprendió Colón su tercer viaje, saliendo de San Lúcas de Barrameda, con seis navíos.

Grandes fueron los trabajos que sufrió en este viaje. Las calmas y los calores que reinan al Norte de la línea equinoccial eran irresistibles para los de la expedición. Colón padecía de dolores de gota. Además los víveres iban corrompiéndose y las pipas de vino abriéndose por sus costados. Pero copiosas lluvias mejoraron por fin la situación.

El 1º de Agosto de 1498 descubrieron una isla á que dieron el nombre de Trinidad. Continuaron la navegación al Sur, y se encontraron con la desembocadura del Orinoco, que lleva sus

aguas tres leguas adentro del Océano, sin confundirlas con las de éste. El país que se presentaba á su mirada atónita era de belleza incomparable. Una vegetación exuberante y deliciosa cubría aquellos inmensos territorios, en donde resonaba el estrépito del caudaloso río. Multitud de aves de diversas especies poblaban las cumbres de aquellas arboledas seculares, ó cruzaban alegres el espacio en todas direcciones. Colón, á la vista de un panorama tan espléndido, se confirmó en la creencia de que pisaba las costas orientales del Asia, y su ardiente imaginación lo llevó hasta pensar que se hallaba en el lugar en donde, según los Santos Padres, estuvo situado el paraíso terrenal.

No detuvo ahí sus exploraciones. Reconoció la costa de Cumaná y negoció con los naturales oro y perlas finas. Todavía descubrió otras islas en donde las perlas abundaban admirablemente, por lo que á la mayor de ellas denominó Margarita. La mala situación de las naves y la enfermedad del Almirante obligaron á la escuadra á suspender sus viajes y á regresar á Santo Domingo.

Entraron en esta isla el 30 de Agosto del mismo año. La Colonia estaba en muy mala situación. En la Isabela habían muerto cerca de doscientos españoles, á causa de las enfermedades, y los restantes habían sido trasladados á Santo Domingo por orden del Adelantado don Diego Colón. En ausencia del Almirante se sublevó Francisco Roldán, pidiendo él y sus cómplices una carabela para ir á España á dar cuenta de su desgraciada situación. El Adelantado se hizo obedecer; pero habiendo dado á Roldán cuarenta soldados para apaciguar á los sublevados, la conspiración tomó mayores proporciones. El Capitán rebelado se retiró á Taragua con su gente y allí reunió más considerable número. En esa situación se hallaban las cosas en la isla cuando llegó el Almirante: por su prudencia triunfó de las dificultades; publicó una amnistía general á la que se acogió el mismo Roldán y de ese modo puso término á los disturbios. (1)

(1) Para dar una idea de los desastres ocurridos en la Colonia y del alto grado á que había llegado la crueldad é insubordinación de los jefes españoles, basta relacionar un episodio en que se revcló la suerte que la

La envidia persigue á los grandes hombres y procura minar las reputaciones más legítimamente adquiridas. Colón fué victima de los que, siendo incapaces de las elevadas concepciones de su genio privilegiado y de ejecutar como él admira-

conquista reservaba á los naturales de América. M. de Lamartine, en la biografía de Cristóbal Colón, refiere ese episodio de la manera que sigue:

«Un superintendente de la Colonia, llamado Roldán, hombre popular y astuto se había hecho un partido entre los marineros y los aventureros, hez de la España, arrojada por la madre patria en la Colonia. Habíase acantonado con ellos en la ribera opuesta de Santo Domingo y ligádose con los caciques de las tribus vecinas, contra Bartolomé, construyendo ó tomando fuertes, desde donde desafiaba la autoridad de su jefe legítimo. Los indios, testigos de las divisiones de sus tiranos, se habían aprovechado de ellas para sublevarse y rehusar el tributo. La anarquía desgarraba la nueva posesión, y solo el heroísmo de Bartolomé era el que conservaba sus restos con sus fuertes manos. Ojeda había fletado barcos por su propia cuenta en España y después de cruzar y desembarcar en la costa meridional de la isla se había unido a Roldán.

«Luego Roldán había hecho traición á Ojeda y habían vuelto de nuevo á someterse á la autoridad del Gobernador. Durante aquellas revueltas de la Colonia, un joven español, de notable belleza, don Fernando de Guevara, había inspirado una violenta pasión á la hija de Anacoana, viuda del cacique llevado por Ojeda á España y que había muerto cautivo en la travesía. La misma Anacoana era joven todavía, célebre entre las tribus de la isla por su incomparable belleza, por su genio natural y por su talento poético, que hacía de ella la sibila adorada de sus compatriotas.

«A pesar de las desgracias de su marido, había concebido una grande admiración y una inclinación invencible hacia los españoles. El pueblo numeroso que gobernaba con su hermano era el asilo de aquellos extranjeros, á los cuales prodigaba su hospitalidad, su oro y su protección. Sus súbditos, más civilizados que las otras tribus indias, vivían en paz, ricos y felices bajo sus leyes. Roldán, que gobernaba la parte de la isla sometida á la bella Anacoana, tuvo envidia de la permanencia y de la influencia de Fernando de Guevara en la corte de aquella princesa.

«Prohibióle casarse con su hija y le mandó embarcarse. Retenido Fernando por su amor, rehusó obedecer y conspiró contra Roldán. Sorprendido y encadenado en la morada de Anacoana por los soldados de Roldán, fué conducido á Isabela para ser juzgado allí. Una expedición que salió de la capital de la Colonia, á pretexto de recorrer la isla, fué acogida con amistosa solicitud en la capital de Anacoana.

«El jefe pérfido de esa expedición, abusando de la confianza y de la hospitalidad de aquella reina, había hecho que convidara ésta á treinta caciques del Mediodía de la isla, á las fiestas que preparaba para los españoles. Los españoles, durante los bailes y festines á que asistían, habían concertado el incendio y la muerte contra su generosa protectora, su familia, sus huéspedes y su pueblo. Invitaron á Anacoana y su hija, á los treinta caciques y al pueblo, á que presenciaran las evoluciones de sus caballos y un combate simulado entre los guerreros y su escolta; y de repente se arrojan éstos sobre el pueblo inerme reunido por casualidad en la plaza, lo pasan á cuchillo y los huelan con los pies de sus caballos. En seguida, rodeando de soldados de infantería el palacio de Anacoana para impedir á esta Reina y á sus amigos que saliesen, incendian el palacio, donde aun se ostentaban los restos de los festejos y festines á que habían asistido, y con una crueldad igual á su ingratitude contemplan á la hermosa

bles empresas, no resistían el resplandor de una gloria tan sublime y tan pura y trabajaban en España por hacerle caer en descrédito, mientras él, con un celo que enaltece su bondadoso carácter y con el tierno afecto de un padre, se ocupaba en resañar las heridas que la discordia había abierto en la Colonia.

Muchos de los que le acompañaron en este viaje no habían tenido otro móvil que el de adquirir bastante oro, para regresar pronto á España á disfrutar tranquilamente de sus riquezas. No tuvieron presente que para conquistar el vellocino era necesario sostener sangrientas y peligrosas luchas. Viendo desvanecidas sus ilusiones y desbaratados sus proyectos de futura opulencia, volvieron despechados á la patria, acusando á Colón de haberlos engañado con falaces promesas, y quejándose amargamente de los sucesos escandalosos que ellos mismos habían promovido en la Española. Aun la Reina se preocupó por los informes apasionados que llegaban: generosa y magnánima, veía además con disgusto la venta que en los mercados españoles se hacía de los indios arrebatados de sus hogares por los conquistadores ambiciosos.

Empeñado se hallaba el Almirante, como hemos dicho, en pacificar la Colonia, que tan graves males había recibido por la rebelión de uno de sus subalternos, y en procurar la conciliación de los ánimos, exaltados hasta el último extremo á impulsos de las violentas pasiones que produce siempre la guerra civil, cuando arribó al puerto de Santo Domingo, en 23 de Agosto de 1500, el Comisario regio, don Francisco de Bobadilla, Caballero de la Orden de Calatrava, con encargo de instruir causa á todos los culpables en la conspiración de la isla, de

y desgraciada Anacoana encerrada en su palacio, expirando abrasada é invocando contra ellos desde las llamas, la venganza de sus dioses.

«Aquel crimen contra la hospitalidad, contra la inocencia, contra la soberanía, contra la belleza y el genio, de que era símbolo entre los indios la célebre Anacoana, había sembrado en la isla un horror y un trastorno que Colón no podía vencer, á pesar de toda su actividad y de toda su política. Las llamas y la sangre del palacio de aquella Reina, cuya belleza les deslumbraba y cuyas poesías nacionales les embriagaban de amor y de entusiasmo, se alzaron entre los opresores y los oprimidos. La isla se hizo un campo de matanza, un presidio y un cementerio para los infelices indios. Los españoles, tan fanáticos en su proselitismo, como bárbaros en su codicia, preludivieron en la Española los crímenes que muy pronto debían despo-  
blar á México. Aquellas dos razas de hombres se ahogaron al abrazarse.»

renovar los empleados que juzgase peligrosos y de enviar á España todas aquellas personas cuya permanencia en la Colonia pudiera dar origen á nuevos trastornos. El comisionado era de inteligencia bastante escasa, fanático y orgulloso. Tan luego como llegó hizo publicar sus credenciales con solemnidad inusitada, se posesionó de la habitación del Almirante, ocupó precipitadamente los fuertes y almacenes, temiendo que le hiciera resistencia el Adelantado don Bartolomé Colón; puso en libertad á los conspiradores que se hallaban presos, y citó á Cristóbal Colón para que compareciese á responder de su conducta.

Ni la ignorancia, ni la torpeza, ni la impotencia pueden sufrir la superioridad del talento, del valor y del patriotismo, que regularmente reciben por recompensa el martirio. Las pasiones desencadenadas contra Colón no podían haber tenido mejor instrumento que el comisionado regio, en quien venían personificadas la envidia y la ingratitud de los enemigos de la virtud y del genio. Bobadilla mandó prender á don Diego Colón y lo hizo meter con grillos en una carabela, sin darle ni permitirle explicación ninguna sobre aquellos hechos. Cuando supo que el Almirante, obedeciendo su llamamiento, acababa de llegar de lo interior de la isla, ordenó que se le redujese también á prisión, y el descubridor, Virrey y Gobernador perpétuo del Nuevo Mundo fué encadenado y arrojado en el fondo de un calabozo del fuerte de Isabela.

El Adelantado don Bartolomé fué capturado poco después y metido en una nave.

Los soldados á quienes dieron orden de encadenar á Cristóbal Colón, sorprendidos de semejante procedimiento y animados del respeto que profesaban á su jefe, permanecían de pie delante de él, sin dar cumplimiento al desacato que se les mandaba ejecutar.

Pero un hombre vil, llamado Espinosa, cuyo nombre conservan los historiadores como un tipo de insolencia é ingratitud, se ofreció espontáneamente á ponerle los grillos. Pudo Colón haber resistido con buen éxito y librarse de tales ultrajes; pero no lo intentó, sumiso siempre á las disposiciones de



su soberano, y aun ordenó antes de la captura, á su hermano Bartolomé, que se sometiese sin murmuraciones á su Juez.

Muchos meses permaneció incomunicado en la fortaleza de Isabela. Desde el fondo de su calabozo escuchaba diariamente las injurias que lanzaban contra él sus enemigos, las groseras chanzas con que lo deprimían y los cargos absurdos con que pretendían abrumarlo.

Bobadilla dispuso por fin que el conquistador de la isla, ese hombre por cuyo genio y valor se hallaba él ejerciendo tan absoluto poder y recibía las consideraciones debidas al monarca, fuese expelido de la Colonia y conducido á España, para someterlo á la justicia del rey. El encargado de llevarlo fué Alonso de Villejo, hombre agradecido, valiente y pundonoroso, que estaba indignado contra Bobadilla por sus procedimientos arbitrarios. Cuando entró Villejo al calabozo, creyó Colón que había llegado ya su última hora.—«¿A dónde me conduces?» preguntó el oficial. «A los buques, en donde vais á ser embarcado, monseñor.» «¿A embarcarme?» replicó el Virrey, no creyendo semejante felicidad, «¿no me engañas, Villejo?» «No, monseñor, contestó el oficial, os juro por Dios que nada hay más cierto.»

Colón, que por momentos esperaba la muerte, se veía restituido á la vida. Villejo, sosteniendo sus pasos, lo condujo á la embarcación.

A poco de haber zarpado los navíos, Villejo, Andrés Martín y toda la tripulación se presentaron respetuosamente ante el Almirante y quisieron quitarle las cadenas; pero él se negó á ello, diciendo:—«No, mis soberanos me han escrito que me someta á Bobadilla, y en su nombre se me han puesto estas cadenas; las llevaré hasta que ellos mismos me las quiten, y las conservaré después como un monumento de la recompensa concedida por los hombres á mis trabajos.» Don Fernando Colón refiere, que siempre vió aquellas cadenas en el escritorio de su padre, y que éste en su testamento mandó que fuesen con él sepultadas.

El corazón del hombre es naturalmente benigno, y aunque en la especie humana hay monstruos que la desacrediten y hacen pensar que en ella es ingénita la depravación, esos mons-

truos son excepciones que la naturaleza aborta para realizar el mérito de la virtud por medio de la comparación, é inclinar al bien el libre albedrío del hombre. El vecindario de la ciudad de Cádiz, conmovido por justos y generosos sentimientos de gratitud, viendo cargado de cadenas como vil criminal al ilustre sabio é intrépido marino que tan grandes servicios estaba prestando á Castilla, se llenó de indignación. La noble nación española no fué indiferente á los atentados de Bobadilla, y el descontento se hizo general, á medida que iba difundiendo la noticia del tratamiento cruel y atentatorio dado al Almirante y Gobernador de las Indias Occidentales. La Reina derramó lágrimas de pesar y mandó inmediatamente que se quitasen los hierros á Colón, y fuesen reemplazados por ricos trajes, y sus guardias por una escolta de honor.

Se dirigió el Almirante á Granada, llamado por la Reina. Él se postró en su presencia, y las lágrimas y los sollozos embargaron su voz. No quisieron los reyes ni examinar siquiera el proceso enviado por Bobadilla, y siguieron dispensando al descubridor de América su protección y afecto; porque su honorabilidad lo absolvía de los absurdos cargos con que habían pretendido perderlo sus enemigos. Resolvieron los monarcas conservarlo á su lado por algún tiempo, y nombraron á Ovando para que reemplazase á Bobadilla en la comisión que le habían conferido. El comisionado recibió orden expresa de la Reina de proteger á los indios, y la prohibición de que fuesen vendidos como esclavos. La ilustre señora, adelantándose á las ideas y preocupaciones de su siglo, reconocía la dignidad humana, aunque se tratase de gente bárbara y de una raza de origen desconocido.

La constancia de Colón era inquebrantable. El que por ocho años había esperado en la Corte la protección incierta de los monarcas, no debía desalentarse por los contratiempos y contrariedades posteriores al descubrimiento del Nuevo Mundo. No toleraba la inacción en que se le tenía y lo desvelaba la gloria de Vasco de Gama, que acababa de descubrir la ruta de las Indias Orientales por el Cabo de Buena Esperanza. Solicitó de los reyes el mando de una cuarta expedición, porque

convencido de la redondez del planeta se proponía llegar á las tierras del Este navegando en línea recta al Occidente.

La Corte le proporcionó cuatro barcos pequeños, y acompañado de su hermano Bartolomé, de su hijo Fernando, que sólo tenía catorce años, y de ciento cincuenta marinos que formaban la tripulación, salió de Cádiz el 19 de Mayo de 1502. Colón contaba ya cerca de sesenta años, según unos autores, ó setenta, según otros; pero ni esa edad en que las fuerzas del hombre han decaído notablemente, ni sus largas y molestas enfermedades le servían de obstáculo para las perosas y dilatadas navegaciones que se proponía hacer, ni doblegaban su espíritu templado en las desgracias y el trabajo.

Teniendo autorización para tocar en la Española, se dirigió á esa isla, hasta aproximarse á ella. Su grande experiencia de marino le dió á conocer que se levantaba un huracán con extraordinarios aparatos: creyó que iba á ser más fuerte que cuantos había experimentado hasta entonces. Pidió licencia á Ovando para desembarcar; pero éste se la negó con criminal crueldad, sabiendo que llegaba sin víveres y con los mástiles de los navíos rotos. A esta inhumana conducta correspondió Colón con un acto de generosidad, propio de su alma noble y elevada. Sabedor de que Ovando tenía una flota lista para salir, le advirtió del peligro que corría, aconsejándole que retardase la partida; pero el Gobernador, tan torpe como cruel, no prestó atención á su oportuno aviso y dispuso que la flota se hiciese á la vela. Viéndose proscrito el Almirante se retiró á un promontorio y allí esperó la tempestad. Ésta no tardó en hacerse sentir, sumergiendo la flota de Ovando con valiosos tesoros y un millar de españoles. Colón sintió esa desgracia y continuó su viaje hasta Jamaica, de donde se dirigió á Tierra-Firme.

Después de sufrir grandes calmas en la navegación se vieron acometidos de una terrible borrasca en que los golpes del viento y las corrientes del mar abrían los navíos. Colón, á costa de infinitos trabajos llegó casi muerto á la Guanaja y otras islas menores, el 30 de Julio de 1502. Dispuso que desembarcara su hermano don Bartolomé, el cual encontró que tanto esa isla como las otras se hallaban habitadas por gente

pacífica. La Guanaja dista del Cabo de Honduras ó de la ciudad de Trujillo doce leguas, y como en ella abundan los pinos, recibió del Almirante el nombre de isla de los Pinos.

Cuando don Bartolomé volvió á bordo, llegó una gran canoa de la parte del Poniente, cargada de mercaderías, mantas de algodón pintadas de diversos colores, camisetas sin mangas y sin cuello, almaizales ó mandiles con que se cubrían los hombres, espadas de madera con filos de pedernal, hachas de cobre para cortar leña, cascabeles, cacao y crisoles para fundir cobre. Los dueños de esa embarcación eran indios procedentes de Yucatán, según comprendieron los españoles; manifestaban ser bastante civilizados, porque cuando asían á los hombres de los mandiles, se cubrían prontamente con las manos, y las mujeres, ruborizadas, se tapaban la cara. Colón los trató muy bien y mandó darles algunos de los objetos que traía de España. El comercio se dirige á donde se protegen sus intereses; y donde hay comercio hay abundancia y bienestar. El carácter pacífico de los habitantes de la Guanaja y el de los comerciantes de la embarcación indígena, eran sin duda garantía para la comunicación de los dos pueblos, los cuales, cambiando sus productos, se proporcionaban gusto y comodidad.

Los tejidos de algodón, con vistosas labores, los crisoles y cascabeles de bronce y todas las mercaderías que aquellos indios llevaban para hacer cambios en la Guanaja, confirmaban á Colón en la creencia de que se hallaba en las costas orientales, y se prometía recibir pronto noticias del Catayo y del Gran Can.

Bien se comprende que los indios, aunque incultos, tenían la sagacidad que dan el trato y las relaciones con gente de diversos países, pues pronto pudieron conocer el interés que los españoles tenían en averiguar cuáles eran la condición y las riquezas de los que poblaban aquellas tierras desconocidas. El cronista Herrera dice, que al observar los indios el cuidado con que Colón les preguntaba por el oro, ellos pronunciando muchas palabras, le señalaban las tierras en donde, por haberlo en gran cantidad, los habitantes llevaban coronas en la cabeza y manillas en los piés y en los brazos, y en donde las sillas, mesas y arcas que se usaban estaban forradas de oro, y las

mantas tejidas de brocado. Si les mostraban corales, respondían que las mujeres llevaban por adornos sargas en la cabeza y en el cuello; si les presentaban pimientas ú otras especias, contestaban que las había en abundancia. Dieron además á entender que los habitantes de aquellas tierras tenían navíos, artillería, arcos, flechas, espadas, corazas y cuanto veían que los españoles llevaban. Colón se imaginó que también le aseguraban haber caballos: por esas noticias de industria y de riquezas que revelaban un grado de adelantada civilización, llegó á persuadirse de que estaba en una provincia del Gran Can y que de allí á diez jornadas debía encontrar el Gargés. El Almirante persistió hasta su muerte en el error de que había hallado el camino directo de las Indias Orientales.

Por los informes que los indios le dieron, dejó de caminar hacia Occidente. Es seguro que si hubiera continuado en la dirección que llevaba, habría llegado al reino de Yucatán y después al imperio de México. Pero habiendo hecho rumbo al Oriente, se dirigió á una punta que denominaban Caxinas, por los muchos árboles de esta fruta que allí había. El Adelantado y gran número de individuos fueron á tierra y asistieron á la misa que se celebró el domingo 14 de Agosto de 1502. Ese acontecimiento es notable: fué la primera que se verificó en territorio de Centro-América.

El 17 volvió a desembarcar el Adelantado, en la boca de un gran río, para tomar posesión de la tierra, á nombre de los reyes de Castilla. Llamósele el río de la Posesión (hoy *río Tinto*). Encontraron ya en la playa más de cien personas con víveres, gallinas, venados, pescado y frutas. El Adelantado mandó darles espejuelos, cascabeles, alfileres y otras baratijas semejantes. Al día siguiente amanecieron en el lugar más de doscientos hombres con muchos víveres. Hablaban diversas lenguas é iban vestidos con mandiles y chaquetas cortas y sin mangas.

De la Punta de Caxinas se encaminó Colón hacia la parte del levante, salvando grandes peligros, con vientos y corrientes contrarios y navegando á veces sólo dos leguas y á veces cinco. A las sesenta leguas de la Punta de Caxinas, y después de una navegación penosa, por las calmas, se encontró con un Cabo

que entra mucho en el agua y que, dándosele vuelta, toma nuevamente la costa seguida del mar. A ese punto denominó Colón *Gran Cabo de Gracias á Dios*, en demostración de gratitud al Sér Supremo, por haber salvado la flota de los peligros que la habían amenazado. Así fué descubierto Nicaragua por la parte del Atlántico, el domingo 12 de Setiembre de 1502: (1) día memorable, pues de él parte la época en que empezó la transformación social de este país, cambiándose de pueblo bárbaro y aislado de toda comunicación con las naciones del viejo Continente, en pueblo culto y civilizado, y llamado á ser, tal vez dentro de corto tiempo, uno de los centros principales del comercio del mundo.

(1) El Señor Lévy, en la Geografía de Nicaragua, dice que el Cabo Gracias á Dios fué descubierto el 14 de Setiembre de 1502, y aun hace notar la circunstancia de coincidir con esa fecha la del triunfo de San Jacinto, obtenido contra los filibusteros en 1856. Fundándose tal vez en el resumen formado por Mr. Charton para marcar el itinerario del cuarto viaje de Colón, fija M. Lévy en aquel día el descubrimiento de Nicaragua por el lado del Atlántico. Sin embargo, el historiador Herrera, en la Dec. I, lib. 5.º, cap. vi, asegura que ese suceso se verificó en 12 de Setiembre. El mismo Colón, en la carta que dirigió á los reyes de España sobre su cuarto viaje, les dice lo siguiente: «Llegué al Cabo de Gracias á Dios y de allí me dió Nuestro Señor, próspero el viento y corriente. *Esto fué á doce de Setiembre*. Ochenta y ocho días hacia que no me había dejado espantable tormenta, á tanto que no víde el sol ni las estrellas por mar; que á los navíos tenía yo abiertos, á las velas rotas, y perdidas anclas y jarcias, cables con las barcas y muchos bastimentos, la gente muy enferma y todos contritos. Otras tormentas he visto, mas no durar tanto ni con tal espanto. Muchos esmorecieron y hartas veces, que se tenían por esforzados. El dolor del fijo que yo tenía allí me arrancaba el ánimo y más por verle de tan nueva edad, de trece años con tanta fatiga. Yo había adolecido y llegado hartas veces á la muerte. Mi hermano estaba en la peor nave y más peligrosa: gran dolor el mío y mayor, porque le truje contra su grado.»

## CAPITULO II

### Continuación del descubrimiento de Nicaragua: regreso y muerte de Colón.

1502 a 1506.

Descubrimiento del gran río del Desastre ó de Matagalpa.—Llegada de los castellanos á una isla denominada Quiribiri y al pueblo de Cariari.—Mala disposición de los indios y providencias dictadas por el Almirante para tranquilizarlos.—Desembarco de los castellanos.—Regreso de éstos á las naves, conduciendo dos jóvenes indígenas.—Recibimiento que les hizo Colón y restitución de ellas á su tierra.—Nuevo desembarco de los castellanos.—Espanto que causó á los indios ver escribir al Adelantado y al escribano.—Excursión de los españoles en el pueblo y cosas que observaron.—Elección que hizo el Almirante de dos indios honrados para que le sirvieran de guías.—Llegada de cuatro naturales á las naves, en solicitud de sus compañeros tomados por Colón.—Negativa del Almirante á devolverlos.—Los castellanos prosiguen su navegación hacia el Oriente.—Arriban al puerto de Escribanos y el Adelantado reconoce el país.—Proyecto del Almirante de fundar allí una Colonia y obstáculos que frustraron su propósito.—Abandona dos naves y resuelve pasar á Cuba.—Sale de esta isla con dirección á la Española.—Trabajos que sufrieron los castellanos en esta travesía.—Arriban á Puerto Bueno.—Hambre que padecieron allí, comunicación con los indios y envío de Bartolomé Fieschi y Diego Méndez á Santo Domingo, en busca de auxilios.—Hostilidad de los indios para con los castellanos y medio de que se valió Colón para intimidar á aquellos.—Conspiración de Francisco Porras contra el Almirante.—Alegría de los compañeros de Colón al ver llegar un buque y desesperación que experimentaron cuando supieron que llevaba espías de Ovando.—Resistencia de este gobernador á prestar los auxilios que le pedían Méndez y Fieschi.—Resolución del conspirador Francisco Porras de atacar á Colón.—Envío del Adelantado á resistirle.—Trabajos de don Bartolomé por conseguir un arreglo y frustración de sus deseos.—Combate entre los conspiradores y las fuerzas de Colón.—Derrota, huida y rendición de aquellos.—Salida de Colón para Santo Domingo.—Su llegada y recibimiento que se le hizo.—Se dirige á España y arriba á San Lúcar.—Pasa á Sevilla, en donde sabe la muerte de la Reina.—Palabras que con este motivo dirige á su hijo Diego.—Traslación del Almirante á Segovia y fría recepción que le hizo la Corte.—Reclamaciones de Colón al monarca.—Notables conceptos que contiene el testamento del descubridor de América.—Observaciones.—Muerte de Colón.

ESCASEABAN el agua y la leña en las naves de Colón. Para proveerse de esos artículos y después de haber navegado sesenta leguas á lo largo de la costa, desde el Cabo de Gracias á Dios, dirigió las barcas hacia un gran río que tenía á la vista. Fuerte era su corriente é irresistible el impulso de las olas. Por haberse perdido en él una de las naves con toda la gente que llevaba, el Almirante lo llamó Río del Desastre, que es el gran río de Matagalpa en la Costa de Mosquitos, conocida también con el nombre de Costa de Cariay.

El 17 de Septiembre, día domingo, dieron fondo en una isleta llamada Quiribiri y pasaron á un pueblo situado en tierra firme, que denominaron Cariari. Allí encontraron los españoles la mejor gente, tierra y mansión de cuantas habían hallado. Los cerros eran hermosos, frescos los ríos, y tan elevados los árboles, que según la expresión del cronista, se iban al cielo. La isleta, verde y cubierta de preciosas flores, estaba á distancia de cerca de una legua del pueblo de Cariari.

Esa población se hallaba inmediata á un gran río, á donde llegaron muchos naturales con arcos, flechas, dardos y macanas, manifestando estar dispuestos á la defensa de su tierra. Los hombres llevaban los cabellos trenzados y atados al rededor de la cabeza; las mujeres los usaban cortos, como los usan los hombres actualmente. Hiciéronles los castellanos una señal de paz, y para mejor aquietarlos les mostraron voluntad de rescatar oro. Los indios, convencidos de que los extranjeros se hallaban en actitud pacífica por haberlos visto pasar dos días reparando los buques, oreando sus provisiones, proporcionándose descanso y preparando su marcha, resolvieron ir hacia ellos. Por carecer de embarcaciones, pasaron á nado, llevando algodón, oro bajo y mantas fabricadas en el lugar. El Almirante, con el objeto de manifestarles desinterés, prohibió que se les tomase cosa alguna. Esa indiferencia estimuló á los indios. Repitieron sus señales con instancia, invitando á los españoles á que pasasen á tierra; y mostrándoles sus mantas y otros objetos de cambio, dábanles á entender que deseaban negociar con ellos.

El Almirante envió algunas cosas á los indios; pero como éstos vieron que los españoles no hacían caso de las suyas,



pusieron á orillas del mar cuantas habían recibido de ellos, para que las tomasen cuando saliesen á tierra. Comprendieron que los extranjeros desconfiaban, y para disiparles todo temor, mandaron á la costa un indio viejo con una bandera y dos muchachas. Una de éstas era de edad de catorce años, poco más ó menos, y la otra como de ocho, y ambas llevaban joyas de oro al cuello. Llegaron á tierra dos embarcaciones para conducir agua: los indios permanecieron quietos, sin hacer cosa alguna que pudiera infundir recelo á los castellanos y les instaron á que desembarcaran, seguros de no recibir daño de su parte.

Cuando regresaban los españoles con el agua, recibieron invitación de los indios para que se llevasen á las dos muchachas; así lo hicieron, importunados por el viejo. Las jóvenes entraron á la embarcación tan tranquilas como si hubieran ido á estar entre personas conocidas.

Llegadas al buque, el Almirante mandó vestir las y darles de comer. Las obsequió con algunos objetos que tenía, y dió orden de que las hiciesen regresar. Pero no habiéndose encontrado en tierra persona á quien entregarlas, volvieron con ellas al buque. Al siguiente día, jueves 29 de Septiembre, las condujeron nuevamente á tierra, en donde las esperaban cincuenta hombres. El viejo que las había entregado las recibió con placer.

En la tarde repitieron los españoles su visita. Encontraron á las jóvenes y á las mismas personas á quienes habían visto por la mañana. Los indios les devolvieron los obsequios recibidos. Otro día salió á tierra el Adelantado; dos hombres se acercaron á la embarcación y tomándolo en brazos, lo condujeron hasta sentarlo en las frescas yerbas de la ribera. Preguntóles el Adelantado algunas cosas y ordenó al escribano que apuntase las respuestas; pero cuando los indios vieron trazar los caracteres sobre el papel, se retiraron despavoridos, haciendo señales de que querían hechizarlos. Para conjurar el maleficio derramaban polvos sobre el Adelantado y el escribano y ponían zahumerios, de modo que les llegase el humo. Se creyó que por ese temor no quisieron retener nada de lo que los castellanos les habían dado.

Reparados los navíos, oreados los bastimentos y mejorada la gente que iba enferma, ordenó el Almirante á su hermano que fuese á visitar el pueblo y á observar el trato que se daban los naturales y la manera en que vivían. Las casas eran de madera, cubiertas con cañas; dentro de ellas tenían sepulturas con cadáveres secos y embalsamados, envueltos en sábanas de algodón y adornados con preciosas joyas. Sobre las sepulturas había tablas en que estaba esculpida la figura de algún animal ó el retrato del que yacía sepultado.

Ordenó el Almirante que se tomasen algunos de aquellos indios para pedirles mejores informes, y entre siete escogió dos que le parecieron honrados y de los principales. Dejó ir á los otros después de obsequiarles con algunas bagatelas y de manifestarles que aquellos quedaban para que le sirviesen de guías y que después los devolvería.

Al otro día llegó mucha gente á la playa: enviaron á los buques cuatro comisionados á prometer cuanto tenían por aquellos dos hombres; pero Colón se negó á restituirlos y mandó dar á los mensajeros algunas bujerías y el precio de dos puercos con que lo habían regalado.

En 5 de Octubre salió el Almirante de las costas de Nicaragua y continuó su navegación por el litoral hacia el Oriente. Fué á Caravaro y encontró muchas isletas; salieron los navíos á una de aquellas islas y hallaron veinte canoas en que iban hombres enteramente desnudos con espejos de oro al cuello ó con águilas del mismo metal. Cambiaron por tres cascabeles un espejo que pesaba diez libras.

Llegó el Almirante hasta el puerto de Escribanos, no distante de San Blas, á donde había arribado Bastidas en 1501. Con el propósito de buscar un estrecho por donde pasar al Occidente hacía prolijos reconocimientos de los golfos y ríos, hasta llegar, en 9 de Enero de 1503, á la desembocadura de uno de éstos, á que dió el nombre de Belen. Dispuso que don Bartolomé reconociese el país, lo que hizo asociado de algunas otras personas, y encontró ricos lavaderos donde recogió considerable cantidad de oro.

Colón se propuso fundar en ese punto una Colonia, que sin duda habría producido notables ventajas á los descubridores;

pero los naturales del país se sublevaron, exasperados por las vejaciones que cometían los castellanos. Un crecido número de éstos fué asesinado. Colón, abrumado por las dolencias de una enfermedad penosísima, tuvo que renunciar á aquel proyecto de tan difícil ejecución.

Venciendo grandes dificultades salió del río con tres de sus naves, habiendo tenido que abandonar una por haber sido imposible sacarla. En Portobelo abandonó otra, y desde allí se propuso pasar al Darién; pero cambió de rumbo y se fué hacia el Sur de Cuba. Colón llamaba á esta isla Catay, creyendo hallarse en la China.

De Cuba se dirigió á la Española. En esta travesía, el Almirante y su gente tuvieron que sufrir grandes trabajos. La situación de los expedicionarios, en general, no era á propósito para continuar tan difíciles y peligrosas navegaciones.—«Fué maravilla, dice el mismo Colón, cómo no nos acabamos de hacer rajas. . . . Perdido del todo el aparejo y con los navíos horadados de gusanos más que un panal de abejas, y la gente tan acobardada y perdida, pasé algo adelante de donde había llegado antes. . . . Llegué á Jamaica en fin de Junio (23 de Junio de 1503) siempre con vientos malos y los navíos en peor estado: con tres bombas, tinas y calderas no podía con toda la gente vencer el agua que entraba en el navío.» De ese modo llegó á puerto Bueno, que hoy se llama Dry Harbour.

Ya puede considerarse cuán grande fué la alegría de aquellos pobres compañeros de Colón al desembarcar en la isla; pero luego que aseguraron las naves y saltaron á tierra, empezaron á sentir los horribos efectos del hambre. Con el fin de proveerse de algunos víveres entraron en comunicación con los indios, á quienes también pidió Colón dos embarcaciones de las que ellos usaban, construidas de un tronco de madera, y dispuso que Bartolomé Fieschi, genovés de origen, y el español Diego Méndez se dirigiesen á Santo Domingo en solicitud de auxilios.

Los emisarios dilataban mucho su regreso. Mientras tanto, los indios, considerando dispendiosa para ellos la permanencia de los españoles, determinaron no seguir proveyéndolos de víveres. Para evitar los horrores del hambre que de nuevo los

amenazaban, determinó Colón intimidar á los indios con la ira de sus dioses, valiéndose para este propósito de una de sus supersticiones. Sabía que un eclipse de luna iba á verificarse en esos días. Hizo creer á los principales, que los europeos eran enviados del Grande Espíritu, autor de la naturaleza, y les aseguró que dentro de poco la luna perdería su luz, tomando un color sangriento, lo cual sería indicio de las grandes catástrofes que les preparaba el cielo para castigar su avaricia. Los indios recibieron esa predicción con su natural incredulidad; pero el día anunciado, cuando vieron que la luna comenzó primero á oscurecerse y se puso después enteramente roja, se llenaron de pavor y corrieron en busca de Colón á ofrecerle gran cantidad de víveres y á rogarle que intercediese con el espíritu divino para que no descargase contra ellos su tremenda cólera. Colón se les mostró afable y complaciente; los indios se tranquilizaron cuando desapareció el eclipse, y no volvieron á ser avaros de sus víveres con unos huéspedes tan poderosos que gozaban de influencias en el cielo.

Los grandes padecimientos de los españoles, capaces de desalentar á las personas más esforzadas, produjeron por fin su consecuencia natural: la conspiración. Francisco Porras, capitán de una de las naves, era el más imprudente provocador. Colón se hallaba en cama aquejado de agudos sufrimientos, cuando el 2 de Enero de 1504 fué sorprendido por sucesos que hacían más difícil el estado en que se hallaban. Le acusaba Porras de prohibirles el regreso á España, y con esa falsedad aumentó su partido y exaltó los ánimos contra el Almirante. ¡Qué ciegas son las pasiones cuando se desencadenan! No reconocían aquellos hombres, aunque estaba á la vista, la imposibilidad en que ellos y el mismo Colón se hallaban de continuar su camino por falta de navíos, y admitían una suposición inverosímil para hacer inculpaciones á su prudente jefe. Los sublevados tomaron algunas canoas para volver á España; pero no pudiendo efectuar ese viaje, se retiraron á la extremidad oriental de la isla.

Méndez y Fieschi retardaban su regreso. Habían trascurrido once meses desde su partida y aun se ignoraba la suerte que hubieran corrido; esa incertidumbre desesperaba á los es-

pañoles detenidos en Jamaica. Un día creyeron que había por fin llegado el término de sus padecimientos. Cuando el sol comenzaba á ocultarse en el ocaso, divisaron una nave. La alegría fué grande; pero pronto ocupó la tristeza su lugar. Aquel bajel no llegaba para prestarles socorro de ningún género, sino que iba enviado por Ovando para vigilar á los náufragos y llevaba por capitán á Diego de Escobar, antiguo y exaltado enemigo de Colón. Escobar entregó al Almirante una carta de Ovando, llena de inútiles cumplimientos, y regresó así que hubo recibido la contestación.

No es posible describir la desesperación de los náufragos, cuando vieron regresar á Escobar, sin haber recibido de él los socorros que esperaban. Colón, sin embargo, les comunicó su calma, diciéndoles que era muy pequeña la nave y que pronto llegarían Méndez y Fieschi con todos los objetos necesarios para el regreso.

Pero Ovando, prevenido siempre contra Colón, se negaba á suministrarle los auxilios que le pedía. Esa tardanza produjo nuevas agitaciones en la isla. Francisco Porras y sus compañeros tomaron la resolución de atacar al Almirante, como si con ese nuevo atentado hubieran podido mejorar las circunstancias en que se hallaban. Colón, que aun estaba enfermo y sin alientos para soportar las fatigas de una campaña, dispuso que su hermano don Bartolomé saliese al encuentro de los sublevados y entrase con ellos en arreglos; pero que si no lograba un avenimiento, los atacara, porque ya se consideraba en la dolorosa necesidad de repeler la fuerza con la fuerza. Por fin empeñóse un combate en que murieron muchos de los sublevados y del cual salió herido el caudillo Porras. Los que no corrieron esa suerte huyeron ó se rindieron al Adelantado. El combate tuvo lugar el 19 de Mayo de 1504.

Un mes había trascurrido desde esos acontecimientos, cuando á fines de Junio, la vista de un buque produjo la más viva alegría en el ánimo de los españoles, que por tanto tiempo y sufriendo tantas desgracias, habían esperado en vano el momento de salir de aquella isla, para ellos entonces funesta. El navío que contemplaban era, en efecto, uno que el leal Méndez había comprado en la Española. Los padecimientos del

Almirante consternaron profundamente á los colonos de Santo Domingo, y la resolución tomada por Ovando, de no enviar á los náufragos los auxilios que pedían, conmovió dolorosamente á los pobladores. No pudieron disimular su indignación por la inhumana conducta del Gobernador, y con amargos reproches le obligaron á mandar un navío á Colón, para que se salvase con sus compañeros. En este buque y en el que había comprado Méndez se embarcaron los náufragos el 28 de Junio y salieron para Santo Domingo.

La desgracia inspira compasión aun en los corazones prevenidos por la antipatía ó por el odio. Colón encontró en Santo Domingo las más deferentes consideraciones, en vez de los acalorados é injustificables resentimientos que había dejado. Las noticias de sus desgracias hicieron ese favorable cambio. Al desembarcar en el puerto el 13 de Agosto, salieron á recibirlo el Gobernador y las principales personas de la isla. Pero Ovando pronto descubrió sus antiguas prevenciones, poniendo en libertad á los facciosos que habían estado presos por orden de Colón, y combatiendo las legítimas pretensiones de éste al gobierno de la isla.

Esos acontecimientos colocaron al Almirante en la necesidad de volver á España, para implorar la protección de los monarcas. Enfermo como estaba se embarcó el 12 de Setiembre de 1504, y el 7 de Noviembre fondeó en el puerto de San Lúcar. La avanzada edad en que se hallaba, su prolongada enfermedad y el agotamiento de las fuerzas dábanle á conocer que no volvería á pisar las hermosas playas del Nuevo Mundo, esas playas que habían sido el objeto predilecto de sus constantes meditaciones y el campo de su purísima gloria. Sólo pensó en pasar tranquilo los últimos días de su vida.

Buscando reposo se dirigió á Sevilla. Se proponía en el retiro dedicarse al restablecimiento de su salud y al arreglo de sus intereses. Pero un nuevo acontecimiento lo hundió en profunda tristeza. Supo que se hallaba la Reina enferma de gravedad, y pocos días después le llegó la noticia de su fallecimiento, ocurrido en 26 de Noviembre de 1504. La Reina lo había favorecido siempre, y el Rey estuvo muchas veces en contra de sus intereses. Era, pues, una gran desgracia para

Colón, la muerte de su generosa protectora. Así lo comprendió él, y por eso decía en una carta á su hijo Diego: —«¡Oh hijo mío! que esto te sirva de lección para lo que tienes que hacer ahora. La primera cosa es recomendar piadosa y afectuosamente á Dios el alma de la Reina nuestra soberana. Ella fué tan buena y tan santa que podemos estar seguros de su gloria eterna y de su protección en el seno de Dios contra los cuidados y tribulaciones de este mundo. La segunda cosa que te recomiendo es que veles y trabajes con todas tus fuerzas por el servicio del Rey; él es el Jefe de la cristiandad. Acuérdate al pensar en él, de que cuando la cabeza sufre todos los miembros padecen. Todo el mundo debe orar por el consuelo y la conservación de sus días; pero nosotros especialmente que somos sus servidores.»

Estas palabras revelan toda la bondad y el agradecimiento que encerraba el corazón del noble marino, á pesar de la dura ingratitud de que era víctima.

En Mayo de 1505, cuando la estación era favorable á sus dolencias, Colón asociado de su hermano y de sus hijos, se encaminó á Segovia, donde estaba la Corte. Su llegada no fué agradable al Rey. La indignancia en que se presentaba era una acusación de ingratitud. Esta es casi siempre la recompensa que los gobernantes dan por los servicios que se prestan á la patria. Si no existiera en las sociedades el religioso respeto que ya por utilidad ó por un sentimiento de honradez se dispensa á la autoridad; si los diversos intereses que se mueven con tendencias opuestas no se equilibrasen, formando con sus respectivos influjos el perfeccionamiento de los pueblos; si la conciencia del hombre no fuera iluminada por el rayo divino del patriotismo, que pone todas las cosas en dirección del bien, que disipa toda postración y promueve con eficacia irresistible el progreso, acaso hubiera sido el mundo víctima del egoísmo, pues los cálculos de un provecho aislado habrían usurpado el lugar preferente de la común utilidad.

Sin crédito en la Corte, despojado de su fortuna, lleno de angustia por el porvenir de sus hijos y sus hermanos, aquel grande hombre reclamaba desde su lecho de muerte el cumplimiento de los compromisos que á favor suyo habían contraído

los monarcas. «Vuestra Majestad, decía al Rey, no juzga á propósito ejecutar las promesas que he recibido de él y de esa Reina que está ahora en la gloria. Luchar contra vuestra voluntad sería luchar contra el viento. He hecho lo que debía hacer; que Dios, que me ha sido propicio siempre, haga el resto, según su justicia divina.»

La enfermedad iba consumiendo la poca vida que le quedaba. En el sufrimiento de sus acerbos dolores, en las fatigas de sus angustiados días, no tenía un solo pensamiento que le sirviera de consuelo. Postrado en una casa de huéspedes de la ciudad de Segovia, sin amigos, sin dinero, sin consideraciones que suavizaran el rigor de su suerte, sentía extinguirse velozmente su existencia. En esa deplorable situación hizo testamento.—«Ruego á mi soberano y sus sucesores, decía, que mantengan mi voluntad en la distribución de mis derechos, de mis bienes y de mis empleos, siquiera porque habiendo nacido en Génova he venido á servirles en Castilla y les he descubierto la Tierra-Firme, las Islas y las Indias. Mi hijo poseerá mi cargo de Almirante de la parte del Océano que se halla al Este tirando una línea de polo á polo.»

Esas disposiciones parecen un sarcasmo del destino. El que legaba á su hijo el gobierno de medio mundo, y distribuía millones de pesos entre su familia, moría en la miseria, sin tener un palmo de tierra en que reclinar su cuerpo!

Después de haber atendido á sus asuntos temporales sólo pensó en la eternidad. Recibió los Santos Sacramentos y el 20 de Mayo de 1506 expiró con la resignación de un creyente. Dos mundos fueron espacio demasiado estrecho para su genio.



## CAPITULO III

### Primeras expediciones de los castellanos para conquistar el territorio de Centro-América

1506 a 1511

Razón del método.—Consideraciones generales.—Viaje de Juan Díaz de Solís y Vicente Yáñez Pinzón á las costas de Centro-América.—Llegada de estos expedicionarios á la isla de Guanaja y á la costa de Yucatán.—Suspensión del viaje.—Nueva expedición para seguir el reconocimiento, y causas que la interrumpieron.—Viaje de Alonso de Ojeda y Diego de Nicuesa.—División del territorio entre los expedicionarios, hecha por el monarca.—Equipo de las naves.—Sale Ojeda de la isla de la Beata y llega á Cartagena.—Requerimiento que dirigían á los indios los conquistadores.—Cómo recibían aquellos la lectura del Requerimiento.—Combates entre los españoles y los indios y primeros triunfos de aquellos.—Hechos heroicos de los aborígenes.—Salen los españoles para Jubarco.—Nuevo combate con los indios y victoria alcanzada por éstos.—Huida del caudillo castellano Ojeda.—Encuentro de éste con los españoles que había dejado en los buques.—Llegada de la escuadra de Nicuesa.—Temores de Ojeda.—Alianza de los dos Gobernadores para atacar á los indios.—Combate entre éstos y cuatrocientos castellanos en Jubarco.—Triunfo de los últimos y crueldades que cometieron.—Separación de los dos caudillos españoles y sus escuadras.—Llegada de Ojeda al Golfo del Darién.—Su desembarco.—Fundación de la ciudad de San Sebastián.—Precauciones tomadas por Ojeda para resistir á los naturales.—Procuran los españoles entenderse pacíficamente con los indios.—Hostilidad de éstos para con aquellos.—Hambres y trabajos que sufrieron los españoles.—Determina Ojeda pasar á Santo Domingo. Sale con dirección á esta isla.—Nuevos sufrimientos de Ojeda.—Su arribo á uno de los puertos de Cuba.—Vejeciones que con él cometieron sus mismos marineros.—Auxilios que le prestó el Gobernador de Jamaica.—Llegada de Ojeda á Santo Domingo.—Muerte de Ojeda y rasgos generales sobre este personaje.—Trabajos que padecieron los expedicionarios de Nicuesa.—Su salida de Cartagena.—Llegan á la ribera de Veragua.—Separación del Capitán Lope de Olano.—Alzamiento de éste contra Nicuesa.—Extravío de Nicuesa entre el río Yare y el Cabo de Gracias á Dios.—Su desembarco en una isla y trabajos que allí pasó. Salen ocultamente cuatro marineros de Nicuesa en busca de Lope de Olano.—Encuentro de aquéllos con éste.—Regreso de los marineros y conducción del Gobernador al lugar donde se encontraba Olano.—Propósito de Nicuesa de castigar á los traidores.—Su resolución de dejar para después el castigo.—Llegan los españoles á Puerto-Bello, en donde son mal recibidos por los indios.—Arriban al puerto de Bastimentos

y toman posesión de la tierra.—Trabajos de los castellanos.—Qué sucedía entre tanto á los expedicionarios de Ojeda.—Resolución de Francisco Pizarro de regresar á la Española.—Su salida de San Sebastián y su encuentro con las naves de Enciso.—Regreso de los españoles y su desembarco en un puerto de la costa occidental del Golfo del Darién.—Denominación que dieron á ese puerto.—Combate con los indios. Desavenencias entre los mismos expedicionarios.—Vasco Núñez de Balboa.—Disposiciones de los amotinados.—Determinación de llamar á Nicuesa para que sustituyese á Ojeda en la Gobernación.—Llegada de Rodrigo de Colmenares.—Imprudencia de Nicuesa.—Sale de Nombre de Dios y llega á Santa María, en donde es muy mal recibido por los expedicionarios de Ojeda.—Expulsión del Gobernador Nicuesa para Castilla y su pérdida definitiva.—Observaciones sobre estos sucesos.

PARA conocer mejor los acontecimientos ocurridos en la conquista de Nicaragua y apreciar con algún acierto su verdadera influencia social, es necesario enlazarlos con los que se verificaron en otros pueblos del Continente, ligados á aquél por los vínculos de vecindad y de común origen, y como él nacidos con espantosos dolores á la vida de la cultura europea.

La conquista de América es la lucha gigantesca de dos mundos.—Por una parte se presenta un antiguo pueblo que, orgulloso con la gloria del triunfo obtenido en una guerra de siete siglos, se lanza á buscar en los confines de la tierra y en el seno de naciones salvajes, nuevos horizontes para su espíritu y nueva savia para su sangre; y por otra parte aparece la raza americana, exuberante de vida y libertad, que al ver sus creencias amenazadas por extrañas creencias, sus altares destruidos, sus dioses profanados, su suelo regado de cadáveres y sus familias pereciendo entre las llamas de horriblos incendios, rechaza con valor desesperado á sus enemigos y se empeña en cerrar las puertas á la luz de una civilización invasora.

En 1506 Juan Díaz de Solís y Vicente Yáñez emprendieron un viaje á las costas de Centro-América, que Colón había descubierto en su cuarta expedición. Yáñez y Solís arribaron á la isla de Guanaja, y siguiendo hacia el Oeste reconocieron la parte de la costa de Yucatán, pasando delante del Golfo Dulce, aunque sin verlo por estar escondido. A la entrada que hace el mar entre la costa de Centro-América y la península de Yucatán, le dieron el nombre de Bahía de Navidad. Pero luego suspendieron el reconocimiento de aquellas tierras, y casi no dejaron noticia de su viaje.



Habiendo recibido orden de seguir los descubrimientos desde el cabo de San Agustín, que Lepe había doblado en 1500, salieron de San Lúcar en 27 de Junio de 1508. Tocarón en San Agustín y siguieron después hacia el Sur. Durante su viaje tomaron posesión de algunas tierras; pero en Octubre de 1509 regresaron á España, porque la falta de armonía entre los dos exploradores hacía imposible que continuasen juntos el descubrimiento. (1)

Por ese mismo tiempo se organizó una segunda expedición que tuvo más trascendentales resultados. La encabezaban Alonso de Ojeda y Diego de Nicuesa, quienes habían obtenido para ese efecto privilegio exclusivo. Los dos exploradores equiparon sus naves por cuenta propia. El Rey dividió entre ellos las tierras que iban á conquistar, trazando una línea en el Golfo del Darién, y concediendo á Ojeda la parte oriental, con el nombre de Nueva Andalucía, y á Nicuesa las regiones comprendidas en la parte del Norte y del Oeste, hasta el Cabo de Gracias á Dios en la costa de Nicaragua.

Ojeda, sin embargo de tener algún prestigio y contar con la cooperación del célebre Piloto Juan de la Cosa, que le había representado en sus solicitudes ante la Corte, sólo pudo reunir doscientos hombres, que distribuyó en tres naves. Nicuesa equipó seis embarcaciones con mayor número de gente. Pero uno y otro aumentaron sus fuerzas cuando llegaron á la Española.

Por el mes de Noviembre de 1509 salió Ojeda con su escuadra de la isla de la Beata, y á poco tiempo llegó al puerto de Cartagena, que los indios llamaban Caramari, en donde hizo desembarcar la mayor parte, dejando algunos españoles en los buques.

Los conquistadores, creyendo que podrían ganarse fácilmente á los indígenas por medio del fanatismo religioso, hacían que los misioneros les leyesen al desembarcar un largo requerimiento, redactado por algunos abogados españoles, y que es el mismo de que se hizo uso en las expediciones posteriores. En él les hacían saber, que Dios era creador de todas las co-

(1) Herrera.—*Hist. gen. de los hechos de los castellanos*, Dec. I, lib. VI, cap. XVII.

sas; que el Pontífice romano, Vicario suyo en la tierra, tenía dominio absoluto sobre todo el género humano, y que el mismo Pontífice había concedido al Rey de España la propiedad de las tierras que venían á conquistar, con el fin de que convirtiesen á sus moradores á la religión cristiana, ó los redujesen á esclavitud si se negaban á abrazar el cristianismo. Los indios nada comprendían de aquel extraño lenguaje; pero sí sabían por experiencia propia cuál era el trato que acostumbraban darles los conquistadores, y así, rechazaron todo arreglo pacífico y se aprestaron al combate. (1)

Los primeros triunfos fueron para los españoles. Atacaron á sus enemigos con un arrojo extraordinario, que en poco tiempo los destrozaron y les hicieron setenta prisioneros. Sólo quedaban ya cerca de ellos ocho indígenas, que ocultos detrás de una choza defendían con valor admirable sus hogares. Los españoles no se atrevían á aproximarse á la casa, no obstante las reconvenções de Ojeda, quien les decía á grandes voces, que era vergüenza para ellos no poder acabar con *ocho desnudos* que así se burlaban de su cobardía. Uno de los soldados más valientes, acosado por las reprensiones de su Jefe, se dirigió lleno de coraje á la habitación que servía de parapeto á sus contrarios; pero al llegar á la puerta recibió en el pecho un flechazo que lo derribó en tierra, dejándolo sin vida. Entonces Ojeda mandó dar fuego á la casa por dos lados. Los ocho indios perecieron entre las llamas, pagando de este modo su heroísmo; y los españoles, dueños ya del campo de batalla, pudieron bendecir su destino al ver concluida aquella horrible matanza.

Envalentonados con el feliz éxito de este primer combate, determinaron continuar las persecuciones hasta un pueblo llamado Jubarco. En esta vez la suerte favoreció á sus contrarios. Ojeda había permitido que los soldados se dispersaran en busca de botín. Los indios, que pasado el primer encuentro habían huido á ocultarse con sus familias en la espesura de los montes, al ver que los españoles estaban dispersos, se aprovecharon de esta desventaja, para atacarlos vigorosamente.

(1) Véase al fin de este Tomo el requerimiento íntegro, que copiamos del historiador Herrera, Dec. I, lib. vii, cap. xiv.

te; y después de un dilatado combate los destrozaron, obligándolos á buscar un refugio en los vecinos bosques. Murieron en la pelea setenta castellanos; Juan de la Cosa, marino tan valeroso como prudente, fué una de las más notables víctimas de esta refriega. El mismo Ojeda, habiendo luchado con el mayor denuedo y muchas veces de rodillas, para cubrirse con su escudo todo el cuerpo, que era pequeño, tuvo que confiar su salvación á la ligereza de sus pies. Pasó por en medio de los indios, en una carrera tan veloz, que parecía ir volando, según la expresión de Herrera; y á costa de grandes peligros pudo internarse en el monte, dirigiéndose hacia el mar, en donde estaban sus naves. En el escudo se encontraron las señales de trescientos flechazos.

Los españoles que habían quedado en los buques desembarcaron, para favorecer á sus compañeros, y hallaron al valiente Ojeda, extenuado de hambre y de fatiga, escondido entre las grandes raíces de unos manglares. Diéronle de comer y le prepararon fuego para que se calentase, con lo cual recobró sus fuerzas y pudo referirles los trabajos que había pasado y la muerte de sus compatriotas.

Ya se disponían á reembarcarse cuando divisaron unas naves á distancia considerable. Era la escuadra de Nicuesa, que poco después había salido de la Española, y se dirigía á conquistar los países del Occidente y del Norte. Al saber Ojeda á quién pertenecían los buques que se aproximaban, se llenó de temor, pensando que Nicuesa, cuando lo viera en tal debilidad y con tan poca gente, querría tomar venganza de algunos pleitos y desafíos que había tenido con él en Santo Domingo. Mandó, pues, á sus compañeros que se fuesen á los navíos y que nada le hablasen de su persona, mientras permaneciese en el puerto.

Los amigos de Ojeda salieron á recibir al conquistador que llegaba. Dijéronle que tenían sospechas de que á aquél, á Juan de la Cosa y á otros compañeros les hubiese sucedido algún desastre, porque hacía ya bastante tiempo que se habían internado en aquellas tierras y aun no regresaban á los buques. Manifestáronle también que estaban dispuestos á buscarlos, pero que no lo harían mientras él no les ofreciese, bajo su

palabra de caballero, que no trataría á Ojeda en aquellas circunstancias como á enemigo. Nicuesa, que era de carácter noble y benigno, se enojó al oír aquellas palabras y mandó que saliesen á buscarlo, asegurándoles que no sólo olvidaba las pasadas ofensas, sino que lo recibiría como á hermano y le prestaría todos los auxilios que necesitase. Leváronlo entonces á su presencia. Nicuesa lo abrazó, y poniéndose con su gente á la disposición del caudillo vencido, le prometió seguirlo y ayudarle hasta tomar cumplida venganza de la muerte de sus compatriotas.

Los dos Gobernadores se pusieron al frente de cuatrocientos hombres y se encaminaron con ellos hacia Jubarco, después de ordenar por bando público que no se dejase indio con vida. Protegidos por la oscuridad de la noche, pudieron sorprender á los naturales en sus chozas. Algunos trataban de huir, pero *como no sabían por donde andaban, caían en manos de los castellanos, que los desbarrigaban*. Las casas fueron reducidas á cenizas junto con sus infelices moradores. *Hízose allí increíble matanza, no perdonándose á nadie*, según dice el cronista. Comenzóse el saqueo: á Nicuesa y los suyos correspondieron siete mil castellanos de oro. Los indios que huían á los bosques eran detenidos y pasados á cuchillo, porque se resistían á recibir una civilización que entraba á sangre y fuego en el hogar de sus padres.

Los dos exploradores volvieron en seguida á separarse. Nicuesa se dirigió á conquistar las tierras que le habían sido concedidas, y Ojeda se decidió á buscar un sitio conveniente donde fundar una ciudad que fuera el asiento de su gobernación.

Llegado Ojeda al Golfo del Darién, desembarcó en la costa oriental, y en un lugar elevado fundó la ciudad de San Sebastián, que fué la segunda que poblaron los castellanos en toda la Tierra-Firme. Hizo construir una fortaleza de madera, con el objeto de resistir encerrado en ella los ataques de los indios; pero su carácter impaciente y fogoso y la escasez de víveres, lo obligaban con frecuencia á emprender peligrosas correrías hacia lo interior de la costa, en las cuales sufría casi siempre grandes desastres.

Se presentó pacíficamente á los indios, mas éstos lo recha-

zaron á flechazos, obligándolo á encerrarse nuevamente en su fortaleza, en donde le pusieron un sitio dilatado. Acosados por el hambre, los españoles estuvieron á punto de pagar su audacia con la vida.

Ojeda, desconcertado en sus planes, molesto por los compañeros, que al verse en tantos peligros le hacían inculpaciones, y enfermo de una herida que le habían dado los indios en un muslo con una flecha envenenada, determinó volver á la Española en busca del Bachiller Martín Fernández de Enciso, que se había comprometido á seguirlo con una partida de gente, y que aun no llegaba, cuando su socorro era más necesario.

Partió, pues, dejando en su lugar á Francisco Pizarro, que fué más tarde conquistador del Perú, y que simple soldado entonces, ya se distinguía por su valor y serenidad en los peligros. Pizarro quedó autorizado para despoblar la Colonia, si en el término de cincuenta días no regresaba el Gobernador con los deseados auxilios.

La desgracia perfrugió á éste nuevamente. El buque en que se embarcó fué combatido por una horrorosa tempestad. Los infelices viajeros pudieron arribar en medio de grandes peligros á uno de los puertos de Cuba. Allí Ojeda fué apresado y amarrado por sus mismos marineros, hasta que pudo dirigir un mensaje á Juan Esquivel, que gobernaba en Jamaica, para que le enviase un auxilio oportuno. Esquivel despachó muy á tiempo una carabela, en la cual fué el naufrago conducido á la isla de Jamaica. Tuvo una favorable acogida y con los auxilios que le dió el Gobernador pudo volver á Santo Domingo.

Pocos meses después de haber llegado á esa ciudad, murió el valeroso caudillo, á consecuencia de la herida que había recibido en San Sebastián. Ojeda fué uno de los más célebres conquistadores de América. Reunía en su persona los principales rasgos distintivos del carácter castellano: era tenaz, atrevido y un tanto supersticioso, hasta creer que mientras llevase pendiente del cuello una reliquia de la Virgen María, no podría morir á manos de sus enemigos. Su cadáver fué sepultado á la entrada del monasterio de San Francisco.

Nicuesa, por su parte, había también sufrido grandes re-

veses en sus exploraciones. Luego que se hubo despedido de Ojeda, salió de Cartagena con su armada y se encaminó hacia Veragua. Él se embarcó en una carabela, dando orden para que lo siguiesen de cerca los dos bergantines y para que las naves grandes se internasen en el mar, con el fin de evitar los riesgos que podían correr, navegando en lugares de poca profundidad.

Llegado á la ribera de Veragua, y no queriendo exponerse á los peligros que padecen de noche los navíos cuando van cerca de tierra, se hizo á la mar en su carabela, suponiendo que Lope de Olano, Capitán de los bergantines, le habría de seguir, como se lo tenía ordenado. Pero el Gobernador se engañó, pues Olano, bajo el pretexto de una tormenta, pasó la noche cerca de una isleta. Se creyó que su verdadero propósito había sido alzarse con la armada y gobernación: sospecha que no carecía de fundamento si se considera que Olano fué uno de los que con Francisco Roldán se rebelaron contra Colón en 1496.

Cuando amaneció, en vez de ir á buscar la carabela de su jefe, dirigióse Olano al río de los Lagartos, llamado después de Chágres, en donde estaban las naves grandes; dijo á los compañeros, que Nicuesa se había perdido, y como él era su Teniente, se hizo obedecer de todos.

El Gobernador anduvo extraviado entre la boca del río Yare y el Cabo Gracias á Dios, en una bahía que se denominó Golfo de *Nicuesa*. (1) Llegó á una isla y desembarcó con algunos, ordenando que cuatro marineros lo siguieran por mar, para que le ayudasen á pasar en la barca los esteros y ríos. Los cuatro marineros, desesperados por el hambre y por los peligros á que se veían expuestos, resolvieron regresar en busca de Olano; pero como sabían que Nicuesa no habría de permitirlo, desaparecieron una noche sin darle noticia de su propósito. Grandes fueron los trabajos que el Gobernador sufrió durante tres meses en aquella isla desierta.

(1) No fué en esta ocasión cuando Nicuesa se perdió para siempre, sin que se volviese á saber de él, como dice el señor Arzobispo García Pelaez en sus *Memorias para la historia del antiguo Reino de Guatemala*, cap. 1, Epoca 2.<sup>a</sup>, Tomo 1.<sup>o</sup> Su desaparecimiento definitivo se verificó un poco más tarde y en otro lugar, como se dirá adelante.



Los de la barca, llegaron por fin al río de Belén, donde estaba Olano con las naves, y consiguieron que les diese uno de los bergantines. Llegaron á la isla, recogieron al Gobernador y á los que con él estaban, y volvieron á donde se hallaba Olano con los demás compañeros. Quiso Nicuesa castigar al Capitán traidor y á los que consideró como cómplices, pero por los ruegos de algunos determinó dejar para otro tiempo el castigo. Los soldados, sin embargo, observaron que desde entonces cambió de carácter el Gobernador, mostrándose duro con los que lo habían hecho pasar tantos trabajos.

Dispuso visitar á Puerto-Bello, para ver si podía fundar allí una Colonia; pero los indios lo recibieron con una lluvia de flechas y lo obligaron á retirarse precipitadamente.

Dirigiéronse hacia el Este y llegaron á un puerto que fué juzgado como muy aparente para establecer la Colonia, á causa de la fertilidad del suelo. Al llegar dijo el Gobernador á sus soldados:—«Paremos aquí, en nombre de Dios.» Por esa circunstancia denominaron al lugar escogido *Nombre de Dios*, que es el mismo al cual llamó el primer Almirante *Puerto de Bastimentos*.

Tomó Nicuesa posesión de aquella tierra en nombre de los Reyes de Castilla y comenzó á levantar una pequeña fortaleza, para resistir los ataques de los indios. Sin embargo, la situación de los españoles era cada día más penosa. Agotadas las provisiones de boca, tenían que comer animales inmundos y yerbas venenosas. Los rudos trabajos á que los obligaba Nicuesa en el estado de debilidad en que se hallaban les consumieron las pocas fuerzas que aun tenían. De setecientos ochenta y cinco hombres que habían salido de la Española sólo ciento quedaban en Nombre de Dios: los demás habían muerto.

Mientras esto sucedía á los expedicionarios de Nicuesa, la Colonia que Ojeda había dejado establecida en San Sebastián al partir en busca del Bachiller Enciso, se resolvió á abandonar las tierras descubiertas, porque no podía sufrir el hambre y los continuos ataques de los indios. Pizarro, que, como hemos dicho, gobernaba interinamente á estos colonos, cuando hubo transcurrido el plazo de cincuenta días que se le había

señalado, ordenó tomar de nuevo las embarcaciones para volver á la Española.

Al llegar á Cartagena, se encontró con los buques de Enciso, que habían salido de Santo Domingo en 1510 y se dirigían á Urabá en busca de Ojeda. Enciso persuadió á Pizarro á que se volviese y se encaminaran juntos hacia Urabá. Pizarro lo resolvió así, después de haber sabido que en las costas á donde iban existían lugares cuyos moradores no usaban de flechas envenenadas.

Regresaron, pues, y desembarcaron en un puerto de la costa occidental del Golfo del Darién. Fueron luego atacados por los indios, pero los rechazaron en el primer combate. Entonces denominaron al puerto *Santa María la Antigua*, en cumplimiento de un voto hecho al comenzar la refriega, y en memoria de una imagen de la Virgen, muy venerada en Sevilla bajo aquella advocación.

Tuvieron nuevos encuentros con los indios. Sin embargo, lo que en esta vez causaba mayores dificultades era la desavenencia de los mismos colonos. Entre los soldados de Enciso se encontraba uno cuya permanencia en la Colonia era debida á una circunstancia bastante extraña. Al partir de Santo Domingo pidió Enciso á las autoridades registrasen sus naves, para evitar que en ellas se fugasen algunos deudores alzados. Él mismo practicó un minucioso examen y no se hizo á la vela sino cuando estuvo persuadido de que entre sus marineros ninguno se contaba que no fuese enrolado por él. Pero estando ya en alta mar echó de ver á uno que le era desconocido, y averiguó que para embarcarse había metídose en un barril, y que conducido de este modo á bordo, no había salido de su escondrijo sino cuando era pasado el peligro de que lo hiciesen volver á tierra. Llamábase este astuto expedicionario Vasco Núñez de Balboa y era un pobre hidalgo jerezano, de treinta y cinco años de edad, hombre oscuro entonces, pero que debía ser después un personaje notable en la conquista.

Éste era el que en Santa María excitaba á los españoles á la rebelión. Los amotinados eligieron dos alcaldes para que los gobernasen y uno de los electos fué el mismo Núñez de Balboa. Por fin conocieron los colonos de Santa María que se

hallaban en tierras pertenecientes á Nicuesa, y con el objeto de terminar sus desavenencias resolvieron llamar á este Gobernador para que los incorporase en su Colonia. Esta determinación fué sugerida principalmente por Rodrigo Enríquez de Colmenares, que acababa de llegar con dos navíos, cargados de armas y de víveres, en busca de Nicuesa.

Enríquez de Colmenares, acompañado de algunos otros pasó al puerto de Nombre de Dios, donde se hallaba Nicuesa con setenta hombres hambrientos y enfermos. Éste marchó inmediatamente, hablando de sus proyectos de gobierno y anunciando el propósito que llevaba de obligar á los colonos de Santa María á restituirle todo el oro que hubiesen adquirido en aquellas tierras. Estas noticias, divulgadas en el puerto por dos individuos que se habían adelantado al Gobernador, produjeron una reacción violenta en la Colonia. Todos se reunieron para impedir la entrada de Nicuesa, y los esfuerzos que éste hizo con el fin de lograr un triunfo sobre sus contrarios, fueron completamente inútiles. El pueblo lo insultó y lo obligó á salir del puerto en 1º de Marzo de 1511, con dirección á Castilla. Nunca se supo la suerte que corrió; pero la circunstancia de haberse embarcado en un bergantín viejo y averiado, hace presumir que pereció en la navegación. (1)

Ese fué el término del que debió ser primer Gobernador de esta provincia. Si Diego de Nicuesa hubiera podido efectuar la conquista del extenso territorio que le fué designado por el Monarca de España, la población principal de Nicaragua se hallaría al lado del Atlántico y en más inmediato contacto con las Antillas; pero habiéndose frustrado los muchos esfuerzos de aquel desgraciado caudillo, y verificándose después la conquista por el lado de Panamá, la parte más poblada quedó hacia el Sur y el Oeste, en donde si bien el clima es sano y agradable, aparecen nuestros pueblos más retirados de otras naciones y en cierto aislamiento perjudicial á su comercio.

(1) Herrera. *Hist. gen.*, etc., Dec. I. lib. VII, capítulos VII, IX, XI, XIV, XV, XVI y lib. VIII, capítulos I á VIII.

## CAPITULO IV

### Llegada de Pedrarias Dávila al Darién, y sucesos que la siguieron.

1511 a 1517.

Razón del método.—Núñez de Balboa toma la autoridad de Alcalde y saca de la Colonia al Bachiller Enciso.—Éste se dirige á la Corte.—Apoyo que encontró en el Persidente del Consejo de Indias.—Datos históricos acerca de este personaje.—Providencias que tomó Vasco Núñez para ponerse á cubierto de la justicia del Rey.—Envía al Alcalde Zamudio á Castilla y al *Regidor* Valdivia á la Española.—Resuelve hacer nuevos descubrimientos.—Expediciones de los castellanos con ese objeto.—Informes que les dió un hijo del cacique Comagre.—Descubrimiento del mar del Sur por Vasco Núñez de Balboa.—Toman mal aspecto los asuntos de éste en la Corte.—El Rey manda procesarlo y establecer en la Colonia un nuevo Gobierno.—Comisión que para estos efectos se dió á Pedrarias Dávila.—Entusiasmo que despertaron en España las noticias de las riquezas de América.—Otras personas disputan á Pedrarias el puesto para que había sido designado.—Trabajos del Obispo Fonseca en favor de aquel.—El Rey confirma su nombramiento.—Disposiciones del Consejo de Indias relativas á la nueva expedición.—Circunstancias que favorecieron la empresa de Pedrarias.—Situación de España en aquella época.—Interés del Rey en esta expedición é instrucciones que dió al jefe de ella.—Entra la flota de Pedrarias en el Golfo de Urabá.—Precauciones que aquel tomó para hacer saber su llegada á Vasco Núñez. Cómo dispuso éste recibirlo.—Llegada de Pedrarias al Darién y primeras inquisiciones que hizo acerca de la conducta del Alcalde.—Manda pregonar residencia contra Vasco Núñez.—Tómala el Lic. Gaspar de Espinosa, quien condena al reo á pagar cierta cantidad.—Pedrarias trata de formar poblaciones en las tierras de los caciques Comagre, Pacorosa y Tubanamá.—La falta de bastimentos se lo impide.—Horrorosa situación de los castellanos á consecuencia del hambre.—Pedrarias concede á algunos nobles licencia de volver á Castilla y los envía á Cuba. Restablecida la calma, comienza á realizar sus proyectos.—Trabajos que emprendía entre tanto Vasco Núñez para poblar las riberas del mar del Sur.—Llegan al Darién despachos en que se le confiere el título de Adelantado del mar del Sur.—Pedrarias amenaza con prisión á Vasco Núñez y procura estorbarle sus empresas.—Interposición del Obispo Quevedo para conciliar á uno y otro.—Escribe Vasco Núñez al Rey una carta en que le da cuenta del mal estado de la Colonia.—Crece la enemistad entre Vasco Núñez y Pedrarias.—Los capitanes Hernán Ponce y Bartolomé Hurtado llegan á la tierra de los CHUCHIRES.—Importante pasaje del historiador Herrera sobre la provincia de Nicoya.—Para con-

iliar á Balboa con Pedrarias, el Obispo Quevedo se propone casar al primero con la hija mayor del segundo.—Continúa el Adelantado sus descubrimientos en las playas del mar del Sur.—Manda construir cuatro naves.—Pedrarias llama á Balboa para darle instrucciones sobre la expedición.—Funestos pronósticos de un astrólogo.—Vasco Núñez es capturado de orden de Pedrarias y conducido al pueblo de Acla.—Se levanta contra él un proceso y se le condena á muerte.—Decapitación de Vasco Núñez.—Cómo recibió la Corte la noticia de su muerte.

YA se ha dicho en el capítulo anterior, que el descubrimiento y la conquista de Nicaragua se hallan enlazados con los del Darién, por haber formado el monarca de España una sola gobernación del extenso territorio comprendido entre la mitad del Golfo de Urabá ó del Darién y el Cabo de Gracias á Dios, dándole el nombre de Castilla del Oro. No es fuera del caso, pues, dar á conocer desde su origen los fundamentos de esta nación que actualmente se llama Nicaragua; los cambios que recibió su gobierno durante la dominación española, y el carácter y condición social de las personas designadas para descubrir y poblar la provincia y para ejercer su gobierno.

Desechado Diego de Nicuesa de la gobernación de Castilla del Oro, Vasco Núñez de Balboa, hombre de claro entendimiento, animoso y vigilante, de buena reputación y que tenía numerosos amigos, comenzó á desempeñar la autoridad de Alcalde, haciendo al Bachiller Enciso el cargo de haber usurpado jurisdicción ajena al funcionar como Alcalde Mayor, sin poder del Rey, sino sólo de Alonso de Ojeda, que ya había muerto. Redújolo á prisión y confiscó sus bienes; pero á ruego de algunos amigos lo puso en libertad, ordenándole que en el primer navío se fuese á Castilla ó á la Española.

El Bachiller Enciso se dirigió á la Corte con el deliberado propósito de arruinar á Balboa. Se hallaba de Presidente del Consejo don Juan Rodríguez de Fonseca, de quien hemos tenido ocasión de hablar anteriormente. Este personaje ejercía un poder casi absoluto en el gobierno que se le tenía confiado, por sus grandes influencias en el ánimo del Rey. Era hermano del señor de Coca y Alaejos, Arzobispo de Rosano y Obispo de Burgos. Siendo Deán de la Catedral de Sevilla, tuvo á su cargo el gobierno en lo tocante al despacho de las flotas y armadas de las Indias, y desempeñó ese destino hasta que el Rey católico don Fernando V lo llamó á la presidencia del Con-

sejo de Indias, empleo que no dejó sino cuando el Emperador Carlos V dispuso que el Doctor Mercurino Gatinara, su gran Canciller, fuese Superintendente de todos sus Consejos.

El Presidente Rodríguez de Fonseca, que había sido enemigo implacable de Colón, como lo fué después de Hernán Cortés, conquistador de Nueva España, declaróse opositor de Balboa y protector decidido del Bachiller Enciso.

Como para Núñez de Balboa era cosa cierta que las vejaciones inferidas á Nicuesa y á Enciso habrían de tener contra él un mal resultado, dispuso para prevenirse y quedar gobernando solo, que el otro Alcalde, Juan de Zamudio, fuese en comisión á Castilla á dar cuenta del estado en que se hallaba la población nuevamente fundada y de las esperanzas que se tenían de sacar bastante oro. Envió también al Regidor Valdivia de Comisionado á la Española, confiándole en secreto un buen presente de oro para el Tesorero Pasamonte, á quien suplicaba le ayudase en su defensa, interponiendo el crédito que tenía con el Rey.

Y como supiera que la Corte se hallaba mal dispuesta, quiso aprovecharse del tiempo haciendo nuevos descubrimientos, pues consideraba que los buenos resultados de esas exploraciones contribuirían poderosamente en el ánimo del Monarca para inclinarlo á su favor.

En una de esas exploraciones recogieron los castellanos gran cantidad de oro, sobre cuyo repartimiento tuvieron un altercado en casa del cacique Comagre. El hijo mayor de este jefe los oía; levantóse y dando un golpe con el puño en las balanzas en que pesaban el precioso metal, dijo:—«¿A qué disputáis por tal bagatela? Si el deseo de poseer el oro os ha traído á nuestro país, yo os enseñaré una región donde podréis saciar vuestros deseos. Mirad esas altas montañas que se levantan al Sur; al otro lado se extiende un gran mar que navega una nación poderosa, provista de bajeles tan grandes como los vuestros. Para llegar allí necesitáis de fuerzas mayores que las que componen vuestro ejército, porque en el camino encontraréis poderosos jefes que pueden poner sobre las armas muchos soldados.»

De ese modo supieron los españoles la existencia del grande

Océano y la del poderoso imperio de los incas. El 25 de Setiembre de 1513, hallándose Núñez de Balboa en la cumbre de una elevada montaña, tuvo la gloria de descubrir el Mar del Sur. «Al extender la vista desde una altura, un mar sin límites se presentó á sus ojos; y sobrecogido de admiración cayó de rodillas, levantando las manos al cielo para manifestar á Dios su profunda gratitud por haberlo destinado á tan grán descubrimiento.» (1)

Pero los asuntos de Núñez de Balboa en la Corte no presentaban un aspecto lisonjero. El Rey, cediendo á las influencias producidas por las acusaciones contra el Alcalde del Darién, y no obstante la oposición de Zamudio, mandó procesarlo y dispuso que en la Colonia se estableciese un gobierno regular. Pedro Arias de Ávila, á quien comunmente llaman Pedrarias Dávila, fué designado para pasar al Darién con el encargo de procesar á Núñez de Balboa y de organizar ese gobierno, fundándolo en bases de orden y estabilidad.

El Comisionado Dávila es una de las personas más notables en la antigua historia de Nicaragua, porque en su carácter de Gobernador inició la obra de exterminio de los desgraciados naturales del país. Por su buena presencia y por su habilidad en las justas y torneos, lo llamaban en la Corte *el galán*, *el justador*, y lo consideraban adornado de muchos dones naturales. Había servido en las guerras de Castilla, con grande opinión de valiente; era hermano del Conde de Puñonrostro, Caballero de Segovia y pariente inmediato de varias personas de la nobleza y de valer en España.

En aquellos días llegaron á Madrid Caicedo y Colmenares, llevando las noticias dadas por el hijo del cacique Comagre, y con ellas se tuvo la esperanza de recorrer el Mar del Sur y de hallar oro en abundancia. Creció en el ánimo del Rey el entusiasmo por la empresa. Muchos de los que eran favorecidos en la Corte solicitaron el destino de Pedrarias, á quien habrían excluido si no se hubiera puesto de por medio el Obispo de Burgos, diciendo al Monarca que ya tenían experiencia del valor de Pedrarias y sabían lo bien que había servido en la guerra de Granada y en la toma de Orán y de Bujía; que era

(1) Barros Arana—*Historia de América*.

Coronel de la infantería española y que se había creado en la Real Casa. Por todos esos antecedentes pensaba que iba á servir la Gobernación mejor que cualquier otro, y que no era conveniente desairarlo, estando ya nombrado. El Rey, que siempre era deferente á las opiniones de Fonseca en los asuntos concernientes á las Indias, y aun en otros, confirmó el nombramiento de Pedrarias y autorizó al Obispo para que lo despachase del modo que creyera más conveniente.

En uso de la real autorización reunió el Prelado á los siguientes individuos del Consejo de Indias: Hernando de Vega, Señor de Grajal, el Licenciado Luis Zapata, el Doctor Santiago, el Doctor Palacios Rubios y el Doctor Sosa; los cuales, tomando en consideración el informe dado por el hijo del cacique Comagre, de ser necesarios mil hombres para hacer el descubrimiento del grande Océano y del poderoso imperio situado al Sur de las montañas del Darién, determinaron que la expedición se compusiese de mil doscientos, por los que pudieran morir ó enfermarse en el camino. Fué tanta la gente que acudió según dice Herrera, que si á diez mil se hubiera querido dar pasaje, todos habrían embarcádose de buena voluntad. (1)

Una circunstancia inesperada favoreció á Pedrarias, aumentando la popularidad de su expedición. El Rey católico don Fernando alegaba derechos al trono de Nápoles, por haber sido sobrino de don Alfonso V de Aragón, que había fallecido sin hijos. El Rey de Francia alegaba también tener derecho; y unidos ambos monarcas se concertaron para dividir entre sí los estados de aquel reino, privando de ellos á don Fadrique, á causa de las inteligencias que se supo tenía con el turco.

Pero tal unión terminó como sucede siempre en alianzas de esa clase. Origináronse grandes cuestiones entre el Rey Católico y el Cristianísimo sobre la pertenencia de ciertas comarcas y se encendió una guerra tenaz entre españoles y franceses.—Gonzalo Fernández de Córdoba, Comandante general de aquella conquista, mostró superior esfuerzo y por sus muchas proezas mereció el renombre de Gran Capitán. Después de varias victorias y señaladamente de la que ganó en la gloriosa batalla de Cirinola el año de 1503, sujetó al poder de Es-

(1) Dec. I, lib. X, cap. VII.



paña todo el reino de Nápoles, expeliendo de él á los franceses; pero aun con esos triunfos la guerra no había terminado. Y sucedió que al mismo tiempo que el Consejo de Indias disponía la expedición de Pedrarias á las costas de América, determinó el Rey que el Gran Capitán Gonzalo Fernández de Córdoba volviese á Nápoles. La fama de este guerrero era tan grande, que cuando se extendió la noticia de su marcha se movió para ir con él casi toda Castilla. Los nobles eran los más entusiasmados: empeñaban y vendían sus haciendas para comprar sedas y brocados, y ya se consideraban victoriosos al mando de un jefe de tan esclarecido renombre.

Pero hallandose Fernández de Córdoba próximo á partir con una grande armada que se había alistado para aquel objeto, dió contra orden el Rey, y la expedición á Nápoles no tuvo efecto. Defraudados de sus esperanzas, muchos nobles acudieron á Pedrarias; él los admitió, y cuando llegó á Sevilla se encontró con dos mil jóvenes de la nobleza, bien aderezados. Grande fué su pesar viendo que no podía ocupar á todos; logró, sin embargo, que en lugar de mil doscientos, viniesen mil quinientos hombres en la expedición. El Rey gastó en ésta la suma de cincuenta y cuatro mil ducados.

Muy solícito se manifestó el Monarca en el orden, conservación y objeto de la expedición de Pedrarias. Mandó que los navíos no viniesen muy cargados; que pasasen por las Canarias, para tomar provisiones; que si no había impedimento tocasen en las islas de los canibales, que eran Isla Fuerte, San Bernardo, Santa Cruz, Guirá, Codego y Carimari (Cartagena.) Dispuso también que en llegando á su destino Pedrarias pusiese nombre general á toda la tierra, y nombres particulares á las diversas poblaciones; que buscarse por cuantos medios estuviesen á su alcance la armonía entre los castellanos y los indios, procurando atraerse á éstos más bien por vías pacíficas y no por los rigores de la guerra; que en materia de encomiendas consultara con Fray Juan de Quevedo, que venía revestido del carácter de Obispo, y con los clérigos seculares y frailes franciscanos, agregados á la expedición; y finalmente mandó

entregar al Gobernador el requerimiento que debía ser leído á los indios. (1)

Entró la flota de Pedrarias en el Golfo de Urabá á fines del mes de Julio de 1514: á legua y media se hallaba el Darién. Sin permitir el desembarco de otra persona, envió a un criado para que anunciase su llegada á Vasco Núñez de Balboa, quien tenía cuatrocientos cincuenta hombres á su mando. El emisario preguntó por él, y se lo mostraron vestido de una camiseta de algodón, con alpargates, en zaragüelles y ocupado en dirigir á unos indios que entechaban con paja su casa. El criado de Pedrarias quedó sorprendido de ver en esa traza á aquel Vasco Núñez de quien tantas hazañas se contaban en Castilla. Acercándose á él, le dijo:—«Señor, Pedrarias ha llegado á esta hora al puerto con su flota, que viene por Gobernador de esta tierra.» Núñez le contestó manifestándole su complacencia, y que iría con todos los del pueblo á recibirlo. Tratóse entonces del modo cómo deberían ir á encontrar al Gobernador, si con armas ó sin ellas; pero el prudente Alcalde dispuso, que fuesen todos desarmados, para no infundir sospechas de resistencia. Pedrarias, no del todo tranquilo, y considerando que los cuatrocientos cincuenta hombres experimentados de Vasco Núñez valían más que los mil quinientos que él traía, ordenó su gente para no ser sorprendido.

Llegó Pedrarias al Darién con su mujer, doña Isabel de Bobadilla. Trató de averiguar si era cierto cuanto Vasco Núñez había escrito al Rey sobre el Mar del Sur, las perlas, minas y demás riquezas, y encontró que todo era realidad, menos lo de pescar el oro con redes en los ríos, especie que no había escrito Vasco Núñez y que otros divulgaban, ofuscados por la fama. Los soldados de Balboa decían á los de Pedrarias, que el oro que tenían no era pescado, sino ganado con muchos sudores y fatigas.

Mandó Pedrarias pregonar la residencia contra Vasco Núñez.—La tomó el Alcalde Mayor, Lic. Gaspar de Espinosa, quien mandó capturarlo y lo condenó en definitiva á pagar algunos millares de castellanos por las ofensas inferidas al Bachiller

(1) El mismo que se coloca al fin de este volumen.

Enciso y á otros, absolviéndolo del cargo que se le hacía por la muerte de Diego de Nicuesa.

Desde luego trató Pedrarias, cumpliendo las órdenes del Rey, de formar pueblos de castellanos en las tierras de los caciques Comagre, Pacorosa y Tubanamá, procedimiento conveniente, según los informes de Vasco Núñez, para las exploraciones del Mar del Sur.

Pero cuando se alistaba la gente que debía dirigirse á aquellos lugares, comenzaron á escasear los bastimentos que tenían en la flota; disminuyeron por grados las raciones, hasta llegar á la espantosa extremidad de no darse ninguna. Muchos de aquellos desgraciados morían pidiendo pan, ellos que habían dejado en Castilla empeñados sus mayorazgos. Otros daban sus ricos vestidos de seda por una libra de maíz ó de cazabe. Uno de los caballeros llegados con Pedrarias iba por las calles gritando que perecía de hambre, y en efecto, cayó muerto á presencia de todos. De ese modo fallecían tantos, que hasta quedaban insepultos los cadáveres, por no haber tiempo para hacer los enterramientos. En un mes perecieron setecientos de los mil quinientos que había sacado Pedrarias de Castilla.

Se deja ver el conflicto en que se hallaban los españoles. También era grande la aflicción del Gobernador. Para salir de aquella situación, que podía hacerse más alarmante si al hambre que los aniquilaba se agregaban las sublevaciones que casi siempre siguen á calamidades de esa clase, dió licencia á los más notables para que pudiesen regresar á Castilla y aun los envió en una barca á la isla de Cuba.

Restablecida la calma en el ánimo de Pedrarias é informado de las muchas y ricas minas de oro que en aquella tierra había, mandó al Capitán Luis Carrillo y á su Teniente General Juan de Ayora á formar poblaciones de castellanos en un punto denominado los *Ánades* y en las tierras de los caciques Comagre, Pacorosa, Tubanamá y Ponca, en quienes el comisionado ejecutó escandalosas vejaciones.

Vasco Núñez, por su parte, acostumbrado á que le obedecieran y no queriendo ser mandado, formaba un proyecto que debía causar indignación á Pedrarias. Envió secretamente á Andrés de Garabito á la isla de Cuba, con el objeto de solicitar

gente para ir por el Nombre de Dios á poblar las riberas del Mar del Sur. Ya le habían llegado noticias de algunas providencias dictadas en la Corte á su favor, y esa buena disposición lo alentaba para ejecutar aquella conquista en perjuicio de los intereses de Pedrarias.

En esos días llegaron al Darién despachos del Rey, en que manifestaba al Gobernador, que para recompensar los importantes servicios prestados por Vasco Núñez, había resuelto nombrarlo Adelantado del Mar del Sur, que él había descubierto, y encargarlo de la Gobernación de las provincias de Panamá y Coyba; pero que en las comunicaciones dirigidas á Núñez se le decía que permaneciese bajo su obediencia.

Regresó á la sazón Garabito de la isla de Cuba, con sesenta castellanos para servir á Vasco Núñez en la empresa de poblar los lugares del Mar del Sur; y habiendo fondeado á seis leguas del Darién, mandó avisarle secretamente su llegada. Mas Pedrarias lo supo todo, y ordenó capturar á Núñez y encerrarlo en una jaula de madera, aunque no se llevó á efecto esa prisión, por haber interpuesto su valimiento el Obispo Fray Juan de Quevedo. Pedrarias dispuso dejarlo en libertad, bajo ciertas condiciones; pero quedaron enemistados.

El Monarca, en sus despachos, había dicho á Pedrarias que honrase á Vasco Núñez y le tomase parecer, y que en los buenos oficios que en favor suyo ejerciese, conocería la voluntad de servir á su Rey. Desde ese momento el Gobernador del Darién odió profundamente al Adelantado del Mar del Sur, y no quiso ocuparlo en cosa alguna, aunque conociera que sus servicios podían ser de grande utilidad.

Por carta de 16 de Octubre de 1515, Vasco Núñez dió cuenta al Rey, del mal estado en que se hallaba la Colonia, del funesto resultado que habían tenido las expediciones de los Tenientes de Pedrarias, de las muertes ejecutadas en los caciques á quienes él había logrado tener por amigos; y le decía que si un año más dilataba aquel mal gobierno acabaría todo en deservicio suyo. Pedrarias estaba siempre atento á lo que de él se escribía, y es probable que haya tenido conocimiento de aquella carta, porque su enemistad cada día se hacía más notable, y aun apareció mayor cuando fué informado de que el Adelan-

tado del Mar del Sur se reía de los descabros que sufrían constantemente los capitanes que por orden de él salían á conquistar á los indios y á recoger oro y perlas.

En una de esas expediciones, Hernán Ponce y Bartolomé Hurtado llegaron á la tierra de los *Chiuchires* y por haberlos hallado apercebidos para la guerra, no se atrevieron á desembarcar. Es notable un pasaje de Herrera, relativo á la expedición de aquellos capitanes. Dice que después de andar más de cincuenta leguas hallaron un golfo de más de veinte, al cual llamaban los indios Chira y los castellanos San Lúcar, «que ahora dicen el puerto de Nicoya, que es una provincia de Nicaragua, muy fértil y graciosa.» Ponce y Hurtado no encontraron el oro que buscaban y determinaron regresar. (1)

La enemistad entre Pedrarias y Vasco Núñez no se calmaba, ni habría sido posible una reconciliación si el Obispo Fray Juan de Quevedo no hubiera hecho reflexiones al primero sobre la utilidad que recibiría del Adelantado, tanto en sus empresas de conquista, como en el ánimo del Rey, por la buena opinión que había alcanzado al descubrir aquella tierra. Persuadido el Gobernador de las sólidas razones expuestas por el Obispo, se resolvió á tomar su consejo, y para confirmación y garantía de la amistad, trató el Prelado de casar á Núñez con doña María Peñalosa, hija mayor de Pedrarias, de dos que tenía en España.

Concluida esa conciliación, Balboa sólo pensó en continuar sus descubrimientos en las playas del Mar del Sur. Deseaba reconocer el grande imperio que se levantaba en el Mediodía. Para efectuar ese reconocimiento preparó en el puerto de Carreta los materiales necesarios á la construcción de cuatro naves, contando con que su actividad é intrepidez vencerían las grandes dificultades que habrían de presentársele para dar cima feliz á tan gloriosa empresa. Cortada la madera, preparadas la jarcía y la clavazón, lo hizo trasportar todo en hombros al otro mar. En la travesía del istmo perecieron muchos indios; pero los españoles de la expedición y algunos negros del

(1) Dec. II. lib. II. cap. X. Se ha creído conveniente llamar la atención sobre este pasaje, para que se conozca la antigüedad de los límites de Nicaragua. Herrera, que escribió bajo el reinado de Felipe V, aseguraba que Nicoya pertenecía á esta provincia.

país lograron por fin llevar los materiales hasta un río denominado las Balsas, en donde dieron principio á la construcción de las naves. Así que hubieron echado al río dos bergantines se embarcó Núñez de Balboa con los españoles que pudieron alcanzar en las embarcaciones y comenzó la exploración.

Ni el arreglo concluido por la interposición del Obispo Quedo, ni la exclusiva dedicación de Balboa á la ardua empresa que se proponía ejecutar, fueron bastantes para aquietar los celos que devoraban el corazón de Pedrarias. Con insignificantes pretextos había procurado embarazar los trabajos del Adelantado, pues no sufría que éste, en virtud de la autorización del Rey, llevase á término la conquista de países que á su juicio ofrecían inmensas riquezas y gloria imperecedera. Cuando supo que estaban construidos algunos navíos y listos ya trescientos hombres, hizo comparecer á Núñez de Balboa para darle instrucciones sobre la expedición iniciada.

La historia, que recoge todas las ideas, todas las coincidencias y hasta las preocupaciones, para dar á conocer el espíritu del siglo en que se verifican los acontecimientos, conserva una anécdota digna de ser referida. El veneciano Miser Codro, que se daba por astrólogo, era uno de los aventureros que acompañaban á Balboa. En un momento de confidencias anunció al Adelantado, que cuando se viese una estrella en cierto punto del firmamento su vida estaría en el más inminente peligro; pero que si lograba sobrevivir aquel año, sería el conquistador más rico de las Indias. La estrella apareció una noche en la parte designada por el astrólogo: Balboa, riéndose de la ocurrencia, refirió á sus compañeros el pronóstico. Debe suponerse que Miser Codro sabía el propósito de Pedrarias, y que conociendo la ruta de la estrella pudo calcular que el día en que se hallara en el punto señalado, Balboa estaría bajo el peso de la envidia de su implacable rival.

Así sucedió: aun no había llegado á la residencia del Gobernador cuando se encontró con Francisco Pizarro, que llevaba una partida de gente para capturarlo. Grande fué la sorpresa de Balboa al ver aquel extraño é inesperado procedimiento. «¿Qué es esto?, dijo a Pizarro: antes no saliais á recibirme de esta manera.» El interpelado guardó silencio y

marchó con el preso al pueblo de Acla, situado recientemente en la costa oriental del istmo. Allí supo Balboa el pérfido propósito de Pedrarias y encontró presos á varios de sus amigos. Algunos indios aparecían como denunciantes de una conspiración tramada por el Adelantado. Pedrarias pasó á la prisión á hacerle cargos de semejante crimen. «Si esto que me imputáis fuera cierto, contestó el preso, teniendo á mis órdenes cuatro navíos y trescientos hombres, me habría ido mar adentro sin estorbármelo nadie. No dudé de venir á vuestro mandado, y nunca pude imaginarme que fuera para verme tratado con tan enorme injusticia.»

La causa, seguida por el Alcalde Mayor del Darién, Gaspar de Espinosa, fué puesta en estado de sentencia. El Alcalde preguntó á Pedrarias si convendría perdonar al reo, por haber prestado al Rey importantes servicios.—«No, dijo el Gobernador, si pecó, muera por ello.»

Se pronunció la sentencia, y aunque el Adelantado apeló de ella, Pedrarias negó el recurso. El pregonero, antes de la ejecución, proclamaba á Balboa traidor al Rey y usurpador de sus dominios. «¡Traidor no!, exclamó el desgraciado caudillo: jamás tuve otro pensamiento que el de dilatar los dominios del Rey mi señor.» Vasco Núñez fué decapitado en la plaza de Acla, con cuatro más de los supuestos reos (1517). El Gobernador contempló la ejecución por un encañado que servía de pared en una casa vecina. Según el historiador Oviedo, la cabeza del Adelantado permaneció expuesta en un palo por muchos días.

No dejó de sentirse en la Corte la innmerecida muerte de Balboa. El Rey mandó restituir una parte de los bienes del ejecutado á los hermanos que se hallaban en España: justicia incompleta, pues Pedrarias quedó impune gobernando las provincias de Castilla del Oro.

## CAPITULO V

### Disposiciones reales para el gobierno de las Indias y sucesos posteriores a la muerte de Núñez de Balboa.

1517 a 1520

El Padre Bartolomé de las Casas.—Sus trabajos en favor de los indios.—Viaje del Padre Las Casas á España.—Situación en que halló á la Península.—Dirige sus solicitudes al Cardenal Jiménez de Cisneros.—El Regente dispone enviar á América tres frailes de la Orden de San Jerónimo.—Observaciones generales sobre las instrucciones que recibieron.—Disposición relativa á la facultad de poseer indios y al trato que debía dárseles.—Ordenes referentes á la fundación de poblaciones en las Indias y á su régimen administrativo.—Lo que se dispuso con relación al trabajo de las minas.—Derogación de las leyes emitidas en Burgos el año de 1512.—Los Padres Jerónimos salen para América y llegan á la Española.—Disposiciones que dictaron al saber la decapitación de Vasco Núñez.—Providencias de Pedrarias Dávila para burlar la vigilancia de los Padres.—Funda la ciudad de Panamá.—Comisiona para una nueva expedición al Lic. Espinosa, quien llega al Golfo de Nicoya.—Sabe Pedrarias que Lope de Sosa ha recibido encargo de residenciarlo.—Dispone enviar una comisión á la Corte é intriga por ser él mismo uno de los Comisionados.—Opónese el Cabildo al viaje del Gobernador.—Desagrado de éste por la negativa del Cabildo.—Nuevas expediciones encomendadas al Lic. Espinosa y á Francisco Pizarro.—Llegada del primero á las islas del Cíbaco é informes que allí recibe.—Se dirige á las tierras del cacique Urraca y entra con él en pelea.—Hernando de Soto auxilia á Espinosa y los indios se retiran.—Urraca acomete á los españoles, quienes con gran dificultad logran salvarse.—Dirigense los conquistadores á Santa María.—Conducta de Espinosa con los indios.—Francisco Campañón es comisionado por Espinosa para hacer la guerra á un cacique vecino.—Resultados de esta conquista.—Se encamina Espinosa á Natá, en donde proyecta fundar una población.—Parte para Panamá, llamado por el Gobernador.—Nuevos ataques del cacique Urraca á los españoles.—El Gobernador combate personalmente con el cacique.—Triunfo del Jefe castellano.—Urraca se fortifica en el río Atra, en donde es derrotado nuevamente por sus contrarios.—Otras excursiones emprendidas por los castellanos.—Regreso del Gobernador á Panamá.—Mala situación de la Colonia.—Lope de Sosa llega á Castilla del Oro y muere al desembarcar.—El Gobernador y los vecinos del Darién se dirigen á hacerle las exequias.—Esfuerzos de Pedrarias para librarse del juicio de residencia.—Feliz éxito de sus intrigas.



UNO de los hombres á quienes más horror habían inspirado las injusticias de los castellanos con los indios y el cruel despotismo que sobre ellos ejercían, era el Licenciado Bartolomé de Las Casas, sacerdote elocuente que por su caridad sublime y por el noble apostolado á que se consagró con fervor evangélico, hizo inmortal su nombre en la historia de la conquista de América. En 1515 había pasado á España el Padre Las Casas, con el objeto de presentar al Rey sus quejas contra los poseedores de indios y de obtener en favor de éstos algunas disposiciones que mejorasen la dura condición en que gemían. Por lo que habló con el Rey en Plasencia pudo entrever que sus proyectos tendrían un resultado satisfactorio; pero la muerte del católico monarca, ocurrida en Madrigalejos á 23 de Enero de 1516, interrumpió momentáneamente sus generosos trabajos. (1)

Por el fallecimiento del Rey, el Cardenal de España, Fray Francisco Jiménez de Cisneros, Arzobispo de Toledo, tomó la gobernación del reino, según aquél lo había dispuesto; y como el príncipe don Carlos, nieto del Rey católico y heredero del trono, hallándose en Flandes, había enviado de embajador suyo al Deán de la Universidad de Lobayna, para que ejerciera el gobierno, juntáronse el Cardenal y el Deán y ambos gobernaron la monarquía española. (2)

A ellos, pues, se dirigió Las Casas. El Cardenal Jiménez de Cisneros era gran político y hombre prudente y bondadoso. Después de haber oído las acusaciones de Las Casas y sus proyectos sobre el repartimiento de los indios, determinó confiar el encargo de entender en estos asuntos á tres frailes de la Orden de San Gerónimo, que debían trasladarse á América, y que eran Fray Luis de Figueroa, Prior del monasterio de la Mejorada, Fray Bernardino de Manzanedo y Fray Alonso de Santo Domingo, Prior de San Juan de Ortega. Los religiosos no traían el título de gobernadores, pero en realidad á gobernar se les enviaba.

Antes de referir los acontecimientos que siguieron á la trágica muerte de Núñez de Balboa, conviene hacer una breve

- (1) Herrera—*Hist. de los hechos de los castellanos*, Dec. II, lib. II, cap. III  
 (2) Mariana—*Historia de España*, Tomo VII, pág. 300.

enumeración de las principales instrucciones dadas á los Padres Gerónimos para el gobierno de las Indias. Estas disposiciones no tendían á la organización de un régimen político. Debido, sin duda, al carácter de las personas que las dictaron y al de las que fueron encargadas de cumplirlas, se dirigían en su mayor parte á favorecer el establecimiento y progreso de las creencias religiosas en los países descubiertos y á proporcionar algún alivio á los indios esclavizados; pero ellas demuestran que en España no dominaban las mismas ideas mezquinas de ambición y de lucro que tantas crueldades inspiraron á los castellanos en América, y dan á conocer cuál era la condición social de los indios cuando por vez primera pusieron sus plantas en Nicaragua los conquistadores españoles.

Lo primero que se dispuso fué que las personas residentes en la Península no pudiesen poseer indios en América. En virtud de esta disposición se quitaron los que tenían al Obispo de Burgos, al Comendador Conchillos, á Hernando de Vega y á todos los del Consejo y criados del Rey. Proveyóse que los jueces de apelación y demás funcionarios de justicia fuesen residienciados, pues se sabía que desde la salida del Almirante no cumplían con sus deberes. Para tomar la residencia á estos empleados se comisionó al Lic. Zuazo, quien debía ejercer entre tanto la gobernación de la Española.

Se ordenó así mismo, que los religiosos, tan luego como llegaran á esa isla, reuniesen á los castellanos viejos para hacerles saber el objeto con que el Regente los enviaba y para obtener que arreglasen amigablemente sus cuestiones. A los caciques debía también hacérseles comparecer, oírseles sus quejas y manifestárseles que la voluntad de los príncipes era que fuesen considerados como hombres libres.

Debían los Padres averiguar con empeño cuál era el trato que los indios recibían de los jueces y de aquéllos á quienes estaban encomendados, y ocuparse en la instrucción religiosa que había de dárseles, para lo cual se mandó que hubiese en cada pueblo ó lugar un clérigo con la obligación de predicar, decir misa y administrar los sacramentos.

Tenían orden de hacer fundar poblaciones, de trescientos vecinos por lo menos, fabricándose las casas á usanza de los

naturales y construyéndose una habitación mejor para el cacique, una Iglesia y un hospital donde fuesen recibidos los enfermos, los ancianos incapaces para el trabajo y los niños huérfanos. Estas poblaciones debían tener bien definidos sus límites y dentro de ellos ejercer la gobernación los respectivos caciques, á quienes se concedía facultad de castigar á los indios hasta con pena de azotes. Cuando la falta exigiera mayor castigo quedarían sujetos á la justicia real. Los caciques, por su parte, si faltaban al cumplimiento de sus obligaciones, serían siempre sometidos á los jueces ordinarios del Rey.

En cuanto al trabajo y goce de las minas se disponía que sólo pudieran ocuparse en el laboreo los naturales. El oro que extrajesen debía quedar en poder del indio minero hasta el tiempo de la fundición, llegado el cual se harían del oro tres partes, una para el Rey y las otras dos para que se las dividiesen el cacique y el indio minero después de deducidos el pago de las haciendas y de los ganados que se les hubiesen dado para fundar los pueblos, y todos los gastos del común. Las mujeres no podrían ser obligadas al trabajo de las minas. Bajo penas muy severas se impuso á los castellanos la observancia de estas disposiciones.

Las leyes expedidas en Burgos el año de 1515 fueron reformadas, disponiéndose entre otras cosas lo siguiente: que los indios no fuesen conducidos á las estancias de los españoles para ser instruidos en la fe, por los inconvenientes que de ello resultaban: que no se les obligase á llevar carga á costas, ni á trabajar sin descanso: que las mujeres no fueran apremiadas á servir sino en sus haciendas: que se viese si algunos indios podrían vivir por sí y regirse como los vasallos del Rey en España: que solamente hubiese dos visitadores, y que éstos no poseyesen indios, sino que se les diera un salario competente. (1)

Recibidas las instrucciones, partieron los Padres Gerónimos para América, saliendo de Sevilla el 11 de Noviembre de 1516. Con ellos venía el Lic. Las Casas, nombrado Protector de los indios. El 20 de Diciembre llegaron á Santo Do-

(1) *Colección de Documentos inéditos del Archivo de Indias*, por don Luis Torres de Mendoza—Tomo XI, pág. 258.

mingo, en donde estuvieron desempeñando con rectitud y tino la comisión que se les había dado.

Cuando supieron los Padres Gerónimos la decapitación de Vasco Núñez de Balboa, ordenaron á Pedrarias Dávila que no determinase cosa alguna sin el parecer del Cabildo del Darién, y que enviase á la Española todo el oro tomado al cacique París. Comprendieron que debía ocultar miras de interés personal el que con tanta injusticia había mandado dar muerte á un Capitán que prestaba al Rey importantes servicios.

Libre Pedrarias de las inquietudes que le causaba la superioridad del hábil y valiente Balboa, quiso ponerse á cubierto de la vigilancia con que lo observaban las autoridades de la Española. Con ese fin dispuso en 1518 fundar una ciudad de este lado del istmo, á la que dió el nombre de Panamá y desde allí emprendió una nueva conquista. El Lic. Espinosa, el mismo que condenó á muerte al intrépido descubridor del Mar del Sur, salió de Panamá en 1519, y navegando con dirección Norte, llegó solamente al Golfo de San Lúcar ó de Nicoya, en territorio de Nicaragua.

Fundada la ciudad de Panamá y hallándose en ella Pedrarias, supo de cierto que Lope de Sosa estaba encargado de residenciarlo sobre las quejas que contra él se habían dirigido; y para sustraerse del juicio dispuso que pasase á España una comisión á informar al Rey de los muchos y buenos servicios que le prestaba en la conquista de estas tierras. El astuto Pedrarias intrigaba en el Cabildo para ser uno de los Comisionados, y pensaba dejar á Martín Estete encargado de la gobernación durante su ausencia. Las opiniones se dividieron: unos creían, con bastante cordura, que por muchas razones y principalmente para mudar de Gobernador, convenía enviarlo á España; pero otros, queriendo tal vez verlo sometido al juicio de residencia, ó temiendo en realidad las divisiones y los pleitos que al ausentarse podrían ocurrir en la ciudad, se negaban al nombramiento.

Martín Estete, hablando por todos, dijo á Pedrarias:—«que le tenían en merced los trabajos que quería tomar en ir por ellos á Castilla; pero que habiendo mucho pensado y conferido entre sí acerca de su camino hallaban que de su ausencia se recre-

cerían muchos inconvenientes: el primero, la falta que haría en la pacificación de aquellas tierras: el otro, que sin duda con su ausencia se habrían de seguir pendencias entre ellos, especialmente quedando el Lic. Espinosa en la mar del Sur con mucha gente, de quien se presumía que quería mandarlos á todos con mayor imperio del que solía, y que no lo habían de sufrir: que por consiguiente habrían de suceder los daños que por semejantes causas solían acontecer en todas partes: que además él era quien gobernaba las cosas de la guerra y daba las comisiones á los capitanes, y que faltando, quedaban como *cuerpo sin espíritu.*»

Pedrarias respondió destempladamente, insistiendo en su meditado propósito; pero como vió que todos se le oponían, contestó por fin:—«que pues no consentían en su ida, que por provecho suyo quería hacer, se imputasen á sí la culpa del daño que les sucediese por no dejarlo hacer su viaje.» (1)

De ese modo disimuló su desagrado de que Lope de Sosa lo hallase en tierra. Determinó, pues, quedarse y evitar de otra manera las consecuencias del juicio á que debían sujetarlo.

No se descuidó entre tanto de los asuntos de la guerra, aunque los temores que le infundía el próximo juicio de residencia llamaban, como era natural, fuertemente su atención. El Alcalde Mayor, Lic. Espinosa, que se ocupaba más de las armas que de las letras, era para el Gobernador un auxiliar poderoso, lo mismo que los otros capitanes que lo servían.

Hicieron varias excursiones en los territorios inmediatos. Salió Espinosa de Panamá en 1520 con una expedición de dos navíos y la gente necesaria, á combatir á los que rehusaban violentamente las relaciones con los castellanos. Envió Pedrarias, al mismo tiempo, por tierra á Francisco Pizarro, quien después de muchos encuentros con los indios, logró pacificarlos.

El Lic. Espinosa llegó á las islas denominadas del Cébaco. Los moradores de éstas lo recibieron de paz, considerando que era inútil toda resistencia. Les preguntó si había oro. Los indios le contestaron que en las tierras de Burica (hoy Boruca en la República de Costa-Rica) donde gobernaba un jefe llamado Urraca, lo había en abundancia. Estimulado con esa

(1) Herrera—Dec. II, lib. III, cap. IV.

noticia se encaminó á las sierras; pero habiendo visto el cacique los navíos desde sus montes, y considerando que los castellanos habrían de buscarlo para combatir con él, se preparó á la pelea, poniendo en lugar seguro las mujeres, los niños y demás personas que no podían ser útiles en una batalla. Recibió aviso de sus espías de que los extranjeros se dirigían hacia las sierras, y les salió al encuentro con gran bravura, cercando á los castellanos por todas partes y dando á muchos la muerte.

Francisco Pizarro había enviado á Hernando de Soto con treinta hombres á explorar los campos inmediatos. Esta pequeña fuerza se aproximó por una feliz casualidad al sitio en donde Espinosa se hallaba cercado por los indios. Oyó Soto el ruido de la batalla y ocurrió pronto en auxilio de sus compatriotas; pero los indios, viendo aquel refuerzo llegado repentinamente á sus contrarios, se retiraron á los montes, sin recibir ningún daño, porque los castellanos no pudieron hacer uso de sus caballos, á causa de la fragosidad del terreno.

La invencible resistencia que los naturales opusieron al paso de los españoles, hizo comprender á Espinosa que serían infructuosos cuantos sacrificios hiciera para llegar á las sierras, y determinó retirarse de noche y con el mayor secreto, temiendo ser hostilizado. Pero el vigilante Urraca, al sentir que sus enemigos levantaban el campo, los siguió en silencio hasta llegar á un paraje peligroso, en donde los acometió con fiereza, impidiéndoles el paso. Espinosa y Pizarro, conociendo la difícil posición en que se hallaban, arengaron al ejército. Dijeron á los soldados, que era tiempo de mostrar su valor y de recordar, para gloria suya, que jamás habían sido vencidos ni por los peligros, ni por las molestias, ni por la multitud de enemigos. Los castellanos hicieron un esfuerzo poderoso, y con increíble trabajo se abrieron camino y se fueron á las naves.

Dirigiéronse costa abajo, á la isla de Santa María. Salió á resistirles un numeroso ejército de naturales; pero como viesan éstos los caballos en que iban los españoles, huyeron temerosos de que se los tragaran. El Licenciado Espinosa los persiguió hasta llegar á un pueblo, en donde capturó á las mujeres y á los niños, y permitió robar cuanto en él había.

El señor de esa sección conmovido al ver tantos cautivos, y teniendo la pérdida de ellos por cosa más grave que la de su propia libertad, se presentó á Espinosa y le suplicó llorando, que les devolviese á sus mujeres é hijos. «Las letras, dice con particular donaire el historiador Herrera, hicieron que el Licenciado no fuese en esta vez bárbaro, porque participando del sentimiento del cacique, dió libertad á todos los cautivos.»

Tuvo Espinosa informes de que cerca de aquel lugar existía otro señor, y se propuso hacerle la guerra, enviando á Francisco Campañón con cincuenta soldados. Este Capitán resolvió asaltar el pueblo, acometiéndolo en la madrugada; pero los indios, preparados ya para la pelea, se lanzaron sobre sus enemigos con tal ímpetu que lograron detenerlos largo tiempo. Los castellanos recobraron su valor, y temiendo el peligro de una derrota, cargaron sobre aquellos, llevándolos hasta el pueblo en donde tenían sus fortificaciones, y entrando en él dieron muerte á muchos habitantes.

Volvieron conduciendo varios presos, á reunirse con Espinosa, quien hizo juntar toda la tropa y se dirigió por tierra, para acometer á los de aquella provincia. Los indios estaban preparados, y saliendo al encuentro de los castellanos los atacaron con extraordinaria intrepidez; pero tan luego como vieron los caballos se pusieron en desordenada fuga.

Se encaminó Espinosa á Pariqueta ó Notá, tierra fértil, llana, vistosa y cercada de sierras en que había oro. Juzgando conveniente fundar allí una población, pidió la licencia á Pedrarias. Éste la concedió, pero manifestando que deseaba hallarse presente, y ordenando á Espinosa que pasase á Panamá para acordar los medios de realizar el proyecto, y dejase á Campañón con cincuenta hombres conservando las posiciones adquiridas.

Partió Espinosa á Panamá, en cumplimiento de la orden del Gobernador. Urraca vigilaba, y cuando supo que era pequeño el número de los enemigos que habían quedado, reunió su gente y cargó de noche sobre ellos. Antes del ataque hallaron los indios á tres castellanos en una casa; dieron muerte á uno de un golpe de lanza y prendieron á otro. El tercero logró ocultarse, tomó sus armas, dando grandes voces para hacer creer

á los indios, que eran muchos los que sobre ellos iban, y mató á cinco. Aprovechándose de la turbación que produjo ese incidente, pudo soltar al compañero preso, y ambos huyeron á donde estaba Campañón con el resto de la tropa.

Informado el Capitán de lo que ocurría y de los muchos indios con que lo amenazaba Urraca, envió á Hernando de Soto y en seguida á Pedro Miguel, para que diesen aviso al Gobernador del peligro en que quedaba. Pedrarias, diligente como siempre, mandó en un navío á Hernán Ponce con cuarenta hombres. Ese auxilio llegó cuando Campañón procuraba retirarse, porque Urraca había convocado á todos los moradores de las provincias inmediatas y tenía á los castellanos en tales apuros que no podían salir á buscar raíces para alimentarse. Cuando Urraca vió el navío levantó el cerco, pues creyó que llegaban contra él todos los habitantes de Panamá.

Vista la obstinación del valeroso caudillo, determinó Pedrarias atacarlo él mismo con ciento cincuenta soldados, llevando por Capitán de su guardia á Francisco Pizarro. Esperábalo Urraca con otro cacique llamado Exqueguá, en un lugar de difícil entrada. Reconoció Pedrarias el número y las ventajas de sus enemigos, y aunque hubiera querido excusar la batalla, no le habría sido posible, porque los indios lo acometían por diversas partes. En semejante apuro levantó la voz y dijo á su tropa:—«Que el peligro en que se hallaban era grande, y que pues su salud estaba en sus propias manos, se acordaran del antiguo valor y disciplina militar de la nación castellana, la cual se debía en aquella ocasión mostrar, porque si de él no aprovechaban, supiesen que en aquel punto quedaba perdida la fama y lo que en tanto tiempo habían adquirido; y que pues en todos los hechos militares podía más la virtud y arte militar que toda la multitud y valor de los bárbaros, se acordasen de pelear con orden y á tiempo, guardando cada uno su lugar, sin desordenarse, ni impedirse, porque con aquel concierto juntamente con su valor esperaba sacarlos libres de aquella necesidad y vencer á los bárbaros, á los cuales determinaba luego de acometer; pues no había duda que si aguardaba á que con todas sus fuerzas ellos lo acometiesen, lo harían con ventaja.»



Las palabras de Pedrarias levantaron el ánimo de los castellanos; pero aunque éstos atacaron vigorosamente, los indios resistieron con admirable esfuerzo y constancia, y pelearon todo el día, sin embargo de que muchos morían ó quedaban heridos. Pedrarias, colocado en estrecha situación por el arrojo y tenacidad de sus enemigos, requirió su antiguo valor é hizo uso del último medio que le quedaba, disparando la artillería. De ese modo logró desbaratar á los indios; pero Urraca no perdió el ánimo y siguió luchando durante cuatro días. Pedrarias, por su parte, no queriendo colocarse en el riesgo de una derrota, trataba de excusar el combate, cansando al cacique con movimientos estratégicos, y procuraba aprovecharse de los descuidos é imprudencias de sus contrarios, con el fin de conservar y adquirir sitios ventajosos donde fuera menos ofendido. Conociendo Urraca que por la prudencia del jefe castellano, el valor de la tropa, el miedo que en los suyos infundía la artillería y el daño que recibían de los caballos, no podrían obtener la victoria, resolvió retirarse, llamar más gente y fortificarse sobre el río Atra, á donde ocurrieron en su auxilio muchos indios de uno y otro mar.

Pedrarias, deseando capturar á Urraca, lo siguió hasta sus fortificaciones. Tenía el cacique todas las dotes de un gran guerrero, y es seguro que habría sido muy difícil vencerlo si hubiera contado con los elementos bélicos de que los castellanos disponían. Se valió de un ardid para engañar á Pedrarias. Dejó como abandonados en el campo á ciertos indios, los cuales debían ser prendidos por las descubiertas de los enemigos. Sabía que éstos les harían la pregunta indispensable de *¿dónde hay oro?* y que señalándoles los puntos convenientes á su plan, se dirigirían á buscarlo en pequeñas partidas de tropa. En tal estado serían los españoles acometidos y derrotados por los indios. Ese plan tan bien meditado y que demuestra las aptitudes intelectuales del cacique, fracasó por debilidad de los que fueron capturados, pues habiéndolo revelado á Pedrarias, éste envió á Diego de Albitez con sesenta hombres para que cargase sobre las emboscadas de los indios, y en efecto, los que pensaban sorprender, fueron sorprendidos y desbaratados.

En una segunda excursión que hizo Albitez encontró á los

indios en lo más llano del río; ellos lo acometieron, defendiendo el paso por una angostura, y en esa riña hubo muchos heridos de una y otra parte. Con grandes dificultades triunfaron los castellanos y en la persecución que emprendieron después de la victoria, dieron muerte á muchos de los naturales.

Permaneció Pedrarias en aquella tierra procurando conquistarla, y con ese fin envió varias cuadrillas para hacer la guerra á los caciques Bulabá y Musá, que habían sido auxiliares del intrépido Urraca, á quien por entonces no quiso perseguir.

Mientras los capitanes, con la mayor parte de las fuerzas, desempeñaban aquellas comisiones, se ocupó el Gobernador en continuar la fundación de la ciudad de Natá y en recompensar á los castellanos que en esa expedición habían trabajado, repartiéndoles la tierra y encomendando cierto número de indios á cada uno de los que quisieron avendicarse en aquellos pueblos.

Concluidos esos arreglos volvió á Panamá, dejando por Capitán suyo á Diego de Albitez. Los indios repartidos á los castellanos servían en hacer casas, labranzas y pesquerías, pero trabajaban sin voluntad, de manera que unos llegaban tarde, otros eran perezosos y otros, en fin, huían para no volver. Albitez mandaba perseguirlos: unas veces los castigaba y otras creía que era mejor disimular.

Sin embargo de que la nueva población y los trabajos daban á los conquistadores un asiento permanente, tenían siempre que estar con el arma al brazo, porque Urraca los inquietaba de día y de noche, no dejando escapar á los que encontraba descuidados. También los castellanos hacían frecuentes entradas en los pueblos del cacique, quemándolos y asolándolos, y con todas esas dificultades conservaban la posesión costosa de aquellos territorios.

Se dijo al principio de este capítulo, que Lope de Sosa había sido nombrado Gobernador de Castilla del Oro y comisionado para residenciar á Pedrarias. Sosa era natural de Córdoba y notable por su prudencia y buenas costumbres. Llegó á su destino á fines de 1518, trayendo cuatro navíos y trescientos hombres, y por Alcalde Mayor á un Licenciado Alarconcillo;

pero murió en los momentos en que desembarcaba. Pedrarias se preparaba para salir á recibirlo cuando le llegó la noticia de su muerte, y entonces se dirigió con todos los vecinos del Darién á hacerle las exequias y darle sepultura.

Como lo que deseaba ansiosamente el Gobernador era verse libre del juicio de residencia, se valió del Lic. Espinosa para que persuadiese á Alarconcillo á residenciarlo, haciéndole ver que en el supuesto de que el Rey no aprobase el acto, nada se habría perdido sino la tinta y el papel. Al mismo tiempo que ponían en juego esa intriga, Pedrarias y Espinosa, para agradar al pueblo y colocarlo de su parte, hicieron circular la noticia de que se proponían reformar los repartimientos, ó mudarlos. De ese modo acallaban las quejas de los que tenían indios y de los que los solicitaban, pues los primeros esperaban que se les cambiarían por otros de mejor servicio, y los segundos, que se les darían los que deseaban poseer. No hubo, pues, quien pidiese la residencia, y todo resultó como lo deseaba el astuto y afortunado Pedrarias (1).

---

(1) Herrera—Dec. II, lib. IX, capítulos XVI y XVII.

## CAPITULO VI

### Descubrimiento de Nicaragua por Gil González Dávila

1520 a 1523.

Andrés Niño, Alonso de Lapuente y Andrés de Cerezeda solicitan los navíos que mandó construir Vasco Núñez de Balboa.—Piden licencia de buscar las islas de la Especería.—Se asocian para su empresa á Gil González Dávila.—Condiciones de la expedición é instrucciones que les dió la Corte.—Nombramiento de Gil González para Capitán General de la Armada.—Arribo de los expedicionarios al puerto de Acla.—Se descuidan de tratar con Pedrarias.—Éste se da por ofendido y rehusa entregar los navíos.—Determina construirlos Gil González.—Traslada la madera labrada al otro mar.—Trabajos que sufrieron los expedicionarios en el paso por las Sierras.—Observan que los navíos están podridos.—Gil González resuelve hacerlos de nuevo y pide con tal objeto auxilios á Pedrarias.—Éste se niega en términos desabridos.—Pasa González al Darién para mostrarle las provisiones reales.—En vista de ellas le da el Gobernador algunos indios y castellanos.—Regreso de González á la isla de las Perlas.—Sus trabajos en la construcción de las naves.—Emprende su viaje, acompañado de Andrés Niño.—A las cien leguas de navegación saltan á tierra para componer los navíos.—Mientras tanto Gil González explora la tierra con cien hombres.—Entra en el territorio de Nicaragua.—Enfermedad de Gil González, y otros apuros en que se vió.—Determina volver á la costa.—Se embarca en un río y llega al Golfo de San Vicente.—Dispone González que Andrés Niño haga descubrimientos por mar, y él sigue explorando la tierra.—Llega al territorio del cacique Nicoya.—Conversión de éste y sus vasallos al cristianismo.—Obsequios que hizo al Capitán español.—Se dirige Gil González á las tierras del cacique Nicaragua.—Precauciones que toma.—Entra por fin en los dominios del cacique.—Nicaragua regala á González oro y plumas.—Conviene el cacique en abrazar con su corte la fe católica.—Extrañas preguntas que dirigió á los españoles.—Ceremonias con que se efectuó la conversión de Nicaragua y de sus súbditos.—Resuelve González internarse en el país.—Su encuentro con el cacique Diriagén.—Éste señala plazo para resolverse á recibir el cristianismo.—Ataque de los indios á los castellanos.—Determinan éstos volver á la costa.—Atraviesan otra vez las tierras de Nicaragua.—Nuevas hostilidades de los naturales.—Continúa Gil González su marcha.—Llegan al Golfo de San Vicente.—Siguen los españoles su camino.—Descubren el Gran Lago de Nicaragua.—Reconocen otros lugares.—Se embarcan para Panamá.—Su llegada á esa ciudad.—Disputas entre Pedrarias y Gil González.—Sale éste ocultamente para Santo Domingo.



CUANDO Pedrarias formaba el proceso contra Vasco Núñez de Balboa, pasaron á Castilla Andrés Niño, Alonso de Lapuente y Andrés de Cerezeda, para solicitar de la Corte que mandase darles los navíos embargados á Núñez. Ellos comprendían muy bien cuál debía ser el resultado de aquel proceso, y fundaban el derecho que el Rey tenía para disponer de las naves, en que éstas habían sido construidas con dinero de las cajas reales.

Hallábase Andrés Niño en la capital de España cuando fué ejecutado el descubridor del Mar del Sur. Vehemente era por ese tiempo el deseo que tenía el Gobierno castellano de poseer las islas Molucas, llamadas de la Especería, conociendo que se hallaban situadas dentro de los límites señalados á la corona de Castilla y que podían ser ocupadas, sin tocarse en la navegación con los dominios del Rey de Portugal.

Aprovechóse Andrés Niño de las aspiraciones de la Corte y pidió también licencia para buscar las islas en las naves que solicitaba. Pero tanto Niño como Cerezeda carecían de influencias y determinaron unirse á Gil González, hidalgo de la ciudad de Ávila, quien por el favor del Obispo Fonseca, había sido nombrado en época anterior Tesorero de la Española.

Se dispuso, pues, que Andrés Niño fuese descubriendo al Poniente mil leguas de mar ó tierra, engolfándose en las vías del Sur doscientas leguas y todo cuanto los navíos pudiesen sufrir.

Se le dieron instrucciones especiales de que encontradas las islas las reconociese, y contase las que se hallaran dentro de la demarcación de Castilla. Los gastos de la expedición serían de cuenta del Rey y de Andrés Niño. La vigésima parte de las ganancias debería emplearse en obras piadosas; el quinto se destinaba al Rey, y el resto á ser dividido por iguales partes entre éste y Andrés Niño. Se ordenó al Gobernador del Darién le diese los cuatro navíos que había construido Vasco Núñez; se le prestaron doce piezas de artillería de las que estaban en aquel lugar y se le hicieron otras promesas que deberían cumplirse si salía bien de la empresa proyectada.

Se estipuló con Andrés Niño que el Rey nombrara un Capitán General de la Armada y se hizo la elección en Gil Gon-

zález Dávila, que se hallaba en la Corte á la sazón. Concedióse á éste el hábito de Santiago y todo lo que pidió para el viaje; y como estaba entonces Lope de Sosa en vísperas de partir á encargarse del gobierno de Castilla del Oro, diósele orden de favorecer á González y facilitarle lo que necesitara.

En 1519 arribó Gil González con tres navíos y doscientos hombres al puerto de Acla, situado á cincuenta ó sesenta leguas del Darién.

González, ignorando que Lope de Sosa había fallecido al desembarcar en ese mismo puerto, y suponiendo más bien que ya tenía el gobierno de la provincia, creyó innecesario tocar con Pedrarias y no hizo caso de él á su llegada. Éste se dió por ofendido, pensando que lo despreciaban y aunque los nuevos expedicionarios le presentaron sus excusas, no quedó satisfecho: por eso, cuando le mostraron la real cédula en que se autorizaba el descubrimiento, contestó que la obedecía, pero se negó á entregar los navíos. Para el orgulloso Gobernador era un motivo de afrenta que se diese á otros licencia de conquistar territorios donde él gobernaba, disminuyéndole así las utilidades que podía sacar de ellos.

Convencido Gil González de que el Gobernador, á pesar de las órdenes del Rey, no le entregaría los navíos, determinó construirlos, y al efecto hizo cortar la madera con el propósito de pasarla al otro mar cuando estuviese labrada, como lo había hecho Vasco Núñez. El Capitán Gabriel Rojas, teniente de Pedrarias en Acla, y todos los vecinos de esa villa, le manifestaron que la broma arruinaría pronto las embarcaciones, por lo cual no era conveniente fabricarlas en aquel punto; pero él, creyendo que trataban de engañarlo para dificultar la realización de sus proyectos, no atendió á las observaciones que le hicieron y llevó su obra adelante.

Se propuso trasladar la madera labrada, en ocho caballos que había traído de Castilla. Las sierras por donde debía transitar eran altas y cerradas. Tanto padecieron los castellanos en la construcción de las naves y en el paso por los montes y caminos, que no pudieron al fin resistir. La comida era mala y se les suministraba por onzas. De los doscientos hombres que formaban la expedición no quedaron vivos ni ochenta: mu-

rió también el Tesorero Juan Belandía y le sucedió en el destino Andrés de Cerezeda.

Con todos esos trabajos acabó González su obra, y armados los navíos pasó en ellos á la isla de las Perlas. Se alistaba para emprender su salida cuando á los veinticuatro días observó que las embarcaciones estaban podridas. Ese triste suceso hizo inútiles los trabajos, las hambres, enfermedades, angustias y muertes que habían costado.

Pero Gil González, que tenía el temple de los grandes héroes de la conquista, no desmayó por tan infausto contratiempo. Resolvió construir nuevamente los navíos, y como ya no tenía toda la gente necesaria, por haber muerto unos y estar otros enfermos, escribió á Pedrarias, pidiéndole su ayuda. El Gobernador se negó en términos desabridos, lo que dió ocasión á que González pasase al Darién á notificarle una provisión real en que bajo graves penas se ordenaba á cualesquiera gobernadores le diesen los auxilios que pidiera.

En vista de aquella disposición suprema dióle Pedrarias cierto número de indios que de Acla y Nombre de Dios llevaban bastimentos, y algunos castellanos que podían ayudarle. Con ese socorro volvió á la isla de las Perlas y dió principio nuevamente á su obra, en la que ocupó mucho tiempo. Lo que más fuertemente movió á Pedrarias á prestar mayores recursos, fué el interés personal que en la empresa quiso darle Gil González, recibéndole por trescientos castellanos un negro volatín que solo valía ciento, y teniendo aquella suma de dinero como capital con que contribuía en el negocio, para percibir las utilidades correspondientes.

Permaneció González en la isla Tararequi, haciendo y perfeccionando sus cuatro navíos con muchos trabajos y sudores, y viéndose en la necesidad de vencer grandes dificultades, en lo que mostró su constancia y valor.

En 21 de Enero de 1522 emprendió su viaje, acompañado del Piloto Andrés Niño, y trayendo un considerable número de indios, algunos caballos, armas para aumentar la tropa, vitualla y mercería.

Un nuevo acontecimiento llegó á contristarle y á detener su marcha. Parece que la Providencia se empeñaba en impe-

dir el descubrimiento de estos territorios, presentando á los conquistadores una dificultad á cada paso. Después de haber navegado cien leguas al Poniente, observaron que el agua de los barriles estaba corrompida y los navíos horadados por la broma. Este accidente los obligó á salir á tierra, para proveerse de agua, hacer vasijas aseguradas con arcos de hierro, y carenar las naves, pidiendo pez á Panamá.

No queriendo Gil González permanecer mientras tanto en inacción, dispuso explorar la tierra con cien hombres, y ordenó á Andrés Niño que cuando los navíos estuviesen compuestos se fuese costa abajo y á ochenta ó cien leguas lo aguardase, ofreciéndole hacer lo mismo si él llegaba primero.

González, aunque estaba bastante enfermo, dió principio á su proyectada incursión. Pasando por una parte del territorio que hoy forma la República de Costa-Rica, entró en el de Nicaragua, y fué recibido pacíficamente por los caciques que encontró en su tránsito.

Ya en tierras pertenecientes á la sección que se designa en la actualidad con el nombre de Nicaragua, se vieron en grandes apuros á consecuencia de continuas lluvias que hacían crecer los ríos y ponían intransitables los caminos. González, atacado de fuertes dolores reumáticos, no podía moverse por sí mismo, y tuvo necesidad de que sus soldados lo condujesen en una hamaca de manta. Internáronse, sin advertirlo, en el país, y llegaron por fin á una isla formada por dos brazos de un gran río. Allí dispusieron detener su marcha, y alojados en casa del cacique de la isla, prepararon una pequeña cámara al Capitán enfermo.

No fueron esos solamente los trabajos que los españoles sufrieron en su penosa incursión. Las lluvias copiosas y continuas hicieron crecer tanto el río, que por fin causaron una inundación en la isla. Pudriéronse los horcones de la casa en que estaban refugiados los españoles y cayó encima de éstos el techo, pero la caída se verificó tan lentamente que no les ocasionó ningún daño, ni aun apagó una lámpara que tenían encendida. Esa luz les fué de grande utilidad, pues alumbrados por ella pudieron cortar el techo y salir á acogerse debajo



de unos árboles, en donde permanecieron dos ó tres días calentándose, hasta que cesó completamente la lluvia.

Resolvieron entonces volver á la costa, que estaba á distancia de diez leguas; mas como los caminos se habían cerrado, á consecuencia de la inundación, tuvieron necesidad de irse por el río, y al efecto construyeron algunas canoas. Embarcáronse en ellas los cien castellanos con cuatrocientos indios pacíficos que se les habían agregado; y después de una penosa navegación en que perdieron muchas armas y vestidos, y durante la cual fueron algunas personas arrastradas hasta el mar por la corriente del río, llegaron al Golfo de San Vicente, en donde los aguardaba el Piloto Andrés Niño, que poco antes había arribado con las embarcaciones compuestas.

Allí se dispuso que continuase el Piloto haciendo descubrimientos con dos navíos y dejase los otros dos en el Golfo. González, por su parte, determinó proseguir por tierra sus exploraciones, y tomando cien hombres y cuatro caballos, siguió su camino por el territorio de este país.

Llegó á las tierras del poderoso cacique Nicoya, quien lo recibió de paz. Después de habersele declarado la fe, conforme á la instrucción real, convirtiéndose el cacique y siguiendo su ejemplo hicieron lo mismo en diez días sus seis mil vasallos. Obsequió Nicoya á Gil González con catorce mil pesos de oro de trece quilates y seis ídolos del mismo metal, diciéndole que se los llevase, *pues no había de tratar más con ellos*. González le dió en correspondencia algunas bagatelas que había traído de Castilla.

Tuvo noticia de que á cincuenta leguas de Nicoya gobernaba un gran señor denominado Nicaragua ó Nicarao, y se encaminó hacia él, no obstante que algunos indios le aconsejaban lo contrario, advirtiéndole que era un jefe temible por su fuerza y valor. El caudillo español tomó sus precauciones, mandando antes ofrecer su amistad al poderoso cacique y asegurándole que no venía á hacerle ningún mal, sino á declararle la fe de Jesucristo y rogarle obedeciese al Rey de Castilla que era Monarca del Mundo. Pero no queriendo aparecer débil, agregó á aquellas razones la amenaza de que si el cacique no condescendía á sus ruegos, le haría la guerra, invitándolo á

que en tal caso saliese al campo para dar comienzo á la pelea.

Nicaragua comprendió lo que encerraban aquellas palabras, y temiendo á los castellanos por la fuerza de sus espadas y la bravura de los caballos, envió donde González á cuatro magnates de su corte, para que le respondiesen: que en obsequio de la paz aceptaba la amistad con que le brindaba, y recibiría también la religión católica si cuando conociese sus fundamentos le parecía conveniente.

Entró por fin el jefe castellano en los dominios del célebre cacique cuyo nombre se ha inmortalizado aplicándose al país entero. Nicaragua lo recibió como amigo; dióle veinticinco mil pesos de oro bajo, mucha ropa y plumas de diversas clases. González le obsequió con una camisa de lienzo, un sayo de seda, una gorra de grana y otros objetos de muy poco valor.

Un clérigo, que en la expedición venía, hizo comprender al cacique cuán erróneas eran las creencias religiosas que profesaba; díjole que para salvar su alma era necesario que abrazase la fe de Jesucristo, se apartase de los vicios y abandonase la costumbre feroz de sacrificar hombres y comer carne humana.

Convino Nicaragua en recibir con su casa y corte el cristianismo, haciendo observar á Gil González que no creía necesario dejar la costumbre de bailar, porque con ella á nadie perjudicaban, y que tampoco podían abandonar sus armas, banderas y penachos, puesto que no habrían de ser las mujeres quienes se entendieran en las cosas de la guerra, ocupándose ellos en hilar, tejer, cavar y otros oficios mujeriles ó de esclavos.

Hizo Nicaragua una serie de preguntas, que sorprendieron á los españoles, porque revelaban cierta lucidez de inteligencia, nada propia de un hombre á quien tenían por completamente salvaje. Preguntó el cacique si los cristianos sabían algo sobre el diluvio que inundó la tierra, y si en otra época habría de repetirse esta catástrofe; si debía el mundo destruirse por un trastorno en el planeta ó por la caída de los astros; cuál era el tamaño de éstos y cuándo habrían de perder su claridad y suspender su curso; quién sostenía en el espacio

al sol, la luna y las estrellas; cuáles eran las causas de la oscuridad y del frío, y por qué, siendo la naturaleza tan perfecta, no había siempre luz y calor, lo cual consideraba él más ventajoso para el hombre. Trató de averiguar quién había hecho el sol; qué muestras de adoración rendían á su Dios los cristianos; á dónde iban las almas cuando se separaban de los cuerpos; por qué vivían tan poco los hombres, siendo inmortales; si el Pontífice romano y el Rey de Castilla, de quienes tantas cosas contaban, habrían de morir en algún tiempo; y concluyó preguntando á los castellanos para qué querían tanto oro como buscaban, siendo ellos tan escasos en número.

Gil González, que era discreto, respondió de una manera que satisfizo al cacique, quien después de haber escuchado las contestaciones, se acercó á uno de los intérpretes y le preguntó al oído si los conquistadores venían del cielo y si habían bajado en nube ó volando. Pidió luego el bautismo y consintió en derribar los ídolos.

No quiso González exigirle otra cosa. Mandó colocar una cruz en la cúspide de un montón de tierra que servía á los indios para hacer sus sacrificios, y subió con los castellanos á adorarla. En seguida Nicaragua y sus súbditos hicieron igual cosa con otra cruz que pusieron en el templo.

Permaneció el jefe español en aquel lugar ocho días, durante los cuales el capellán bautizó á más de nueve mil personas.

En la confianza de que era bien recibido por los indios, resolvió González internarse, para conocer mejor la tierra que estaba descubriendo y saber hasta dónde se extendía la parte conquistada por Hernán Cortés. Recorrió muchos lugares, que aunque no eran grandes se hallaban muy poblados. Le salían al encuentro en los caminos multitudes de indios, ansiosos por ver hombres con barbas y conocer los caballos, animales nuevos para ellos.

Entre los que salieron á recibirlo se contaba Diriagén, cacique guerrero que fué acompañado de quinientos hombres y diecisiete mujeres, todas ellas adornadas con espejos de oro. Iban los indios en formación de guerra, y aunque sin armas, llevaban trompetas y diez banderas.

Al acercarse á los españoles desplegaron las banderas; tocó Diriagén la mano á Gil González y lo mismo hicieron todos los quinientos hombres, quienes le ofrecieron sendos gallipavos. Cada una de las mujeres le dió veinte hachas de oro, de catorce quilates, y aun algunas le dieron más.

Habiéndole preguntado á quién buscaba, el cacique respondió que iba á verlos porque le habían dicho que eran hombres con barbas y montaban encima de animales. El jefe castellano le rindió las gracias; dióle algunos objetos de Castilla, y le rogó que se convirtiese al cristianismo. Pidió el cacique tres días de plazo para contestarle, pues tenía necesidad de conferenciar con sus mujeres y con los sacerdotes; pero los españoles comprendieron que su objeto era ir á juntar gente para atacarlos, confiando en que por ser escaso su número los vencería fácilmente.

El sábado 17 de Abril, tres ó cuatro mil indios, armados de flechas, arcos, espadas, rodela's y dardos arrojadizos, salieron á atacar á los españoles; mas advertidos éstos por un indio amigo, del peligro que los amenazaba, tuvieron tiempo de ocurrir á la plaza y apereibirse para la batalla. No tardaron los naturales en cargar sobre ellos, haciéndoles siete heridos: otro era llevado en preso por los indios; pero fué libertado por sus compañeros, quienes atacaron á aquellos con tal ímpetu, que en breve los hicieron emprender la fuga. Gil González, formando con los suyos, esperó que los indios volviesen por los muertos; pero no sucedió así, pues á causa del temor que les infundieron los caballos, no quisieron acercarse.

A poco rato regresó á donde estaban los castellanos un clérigo, que en el mejor caballo y acompañado de dos soldados, había salido antes de la batalla á predicar y bautizar en unos pueblos vecinos, é informó que no había indicios de que el enemigo se preparase á una nueva lucha.

Considerando González que por ser poca su tropa, se hallaban en gran peligro de acabar á manos de los contrarios, determinó volver á la costa para tomar sus embarcaciones. Atravesaron por el pueblo en donde moraba el cacique Nicaragua, sin recibir ninguna muestra de hostilidad de parte de los indios; pero cuando ya habían pasado salió á alcanzarlos en són

de guerra un numeroso ejército. González dispuso el suyo de una manera conveniente. Dió orden á Andrés de Cerezeda de que se adelantase con los enfermos; y él se propuso resistir á los indios, colocando á retaguardia dos caballos y diecisiete hombres, cuatro arcabuceros y trece ballesteros.

Como González llevaba un considerable número de aborígenes amigos, los de Nicaragua comenzaron á dar gritos aconsejándoles que se separasen de los españoles; pero viendo que aquellos no hacían caso de tales razones, redoblóse el furor de los que atacaban y llegaron hasta introducirse en las filas de González y sacar á algunos indios que llevaban la carga.

A costa de grandes dificultades, acosados por los naturales que les disparaban constantemente sus flechas, y teniendo que pasar ciénagas y arroyos, sostuvieron los españoles el combate hasta que entró la noche. Entonces llegaron al campamento de Gil González algunos indios, enviados por sus jefes á pedirle la paz, asegurándole que no por disposición de Nicaragua, sino de otro cacique vecino llamado Zoatega, lo habían hostilizado.

Después de estos acontecimientos se dirigió González á reconocer el país: llevaba en su compañía unos pocos españoles y les servía de guía un *tapalequi* (general.) Observó frente á la capital del cacique Nicaragua, en medio de la vasta laguna de Cocibolca, una isla llamada *Ometeptl* (*ome*, dos y *teptl*, cerros.) Dieron á esa laguna el nombre de Mar Dulce.

Supo el Capitán español que el gran lago de Cocibolca se unía con el mar del Norte por medio de un caudaloso río, pero que se hallaba á alguna distancia del mar del Sur, aunque le aseguraban que podían comunicarse los dos mares con otra laguna que se encontraba al Setentrion.

Quiso reconocer la realidad de aquellas comunicaciones; pero se lo impidió una guerra encarnizada entre Diriagén, cacique de los niquiranos, y Tenderi, cacique de Nindirí. Por ese inconveniente se apartó hacia el Oeste y se dirigió á la comarca de Nagrando. En esta expedición pudo ver el lago de Xolotlán ó de Managua, desde *Imbita* (Moábita) capital de los nagrandanos, en donde fué recibido por el *monexico*, junta de

los jefes civiles y militares que se habían reunido en el *grehón*, para elegir un nuevo cacique.

Habiendo recorrido largo espacio de la costa, resolvió volver á Panamá, dejando en Nicaragua treinta y dos mil doscientas setenta y cuatro personas bautizadas, y llevando como resultado de su expedición ciento doce mil quinientos veinticuatro pesos de oro bajo y ciento cuarenta y cinco pesos de perlas. (1) Costeó la tierra desde Cabo Blanco hasta Chorotega. Reconoció el Golfo de Papagayos, Nicaragua, la Posesión y una bahía á que llamó Golfo de Fonseca, en homenaje al Obispo de Burgos, Presidente del Consejo de Indias. A una isla que estaba dentro de la bahía la denominó Petronila, por una sobrina suya que tenía ese nombre.

Regresaron al Golfo de San Vicente, en donde hallaron á Andrés Niño, quien en cumplimiento de las órdenes dadas por su jefe, había navegado más de trescientas cincuenta leguas al Noroeste, hasta enfrentar con las costas de Guatemala. Se embarcaron todos con dirección á Panamá, á donde llegaron el 25 de Junio de 1523.

Trató desde luego Gil González de hacer la división del oro que había obtenido de los indios; y apartado el quinto del Rey, determinó embarcarse para Santo Domingo, con el fin de enviarlo desde allí á Castilla. Pedrarias intentó estorbarle ese propósito, diciendo que á él debía serle entregado el quinto del Rey para mandarlo á España, sin los peligros á que podía estar expuesto Gil González. Éste contestó que quien había sacado

---

(1) El nombre de *pesos de oro* se dió á la primera moneda fabricada en las Indias. Remesal, en el libro 2, capítulo 10, refiere la historia de ella, diciendo que en la Española, en tiempos de fundición y con motivo de llevar cada uno el oro que había cogido, acudía multitud de personas como á las ferias en Castilla, para dar y recibir las pagas; y porque no había moneda de oro hicieron ciertas piezas como de castellanos y ducados de diferentes formas.

Refiere Herrera, Dec. v, lib. ix, cap. 1, que los castellanos en Nueva España, para la contratación, cortaban los pedazos de oro y plata para hacer las pagas de lo que se compraba y vendía. El Ayuntamiento de Guatemala, en sesión de 6 de julio de 1528, ordenó pagasen á su Escribano Reguera el salario de 150 pesos de oro de á mil maravedís cada uno.

Se ve, pues, que aquellas piezas denominadas pesos de oro fueron hojas fundidas de ese metal, con el sello distintivo de la moneda legítima, en valor de mil maravedís cada una.

el oro del poder de los indios, sabría conducirlo con seguridad hasta ponerlo en manos del Monarca.

No dándose el Gobernador por satisfecho con semejante respuesta, dispuso hacerse cargo á todo trance del dinero real; pero González pudo salir ocultamente para Nombre de Dios; y aunque fué perseguido hasta ese lugar por Pedrarias, cuando éste llegó, ya aquel se había embarcado con dirección á Santo Domingo. (1)

---

(1) Herrera.—Dec. III, lib. IV, capítulos V y VI.